

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA  
UNIDAD AZCAPOTZALCO  
DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

**LA CONSTITUCION DEL PRD COMO SUJETO POLITICO**

Proyecto Terminal para obtener el Título  
de Licenciada en Sociología

**Estela Torroella Chávez**

**Asesor: Mtro. Francisco Salazar Sotelo**

*Febrero de 1995*

# **I N D I C E**

<b>INTRODUCCION</b>	<b>1</b>
<b>ESQUEMA DE ANALISIS</b>	<b>7</b>
<b>MARCO CONCEPTUAL DE REFERENCIA</b>	<b>11</b>
<b>1 DEL FRENTE DEMOCRATICO NACIONAL AL PARTIDO DE LA REVOLUCION DEMOCRATICA</b>	<b>22</b>
1.1 El cardenismo y el movimiento ciudadano	22
1.2 La izquierda y la alternativa por la democracia	26
1.3 La pugna por la hegemonía: el impacto ideológico en la coyuntura de 1988	28
1.4 La constitución del PRD como sujeto político	31
<b>2 LA ARTICULACION INTERNA</b>	<b>34</b>
2.1 La articulación y correlación de fuerzas: el factor Cárdenas	34
2.2 De los grupos a las corrientes	40
2.3 Las corrientes: entre la tradición autoritaria y la intencionalidad democrática	44

<b>3</b>	<b>LA ESTRATEGIA DEMOCRATICA</b>	<b>48</b>
3.1	El partido frente a la transición a la democracia	48
3.2	De la confrontación a la negociación	52
3.3	El PRD: Hacia una nueva cultura política en el marco del Acuerdo Político Nacional	56
	<b>CONCLUSIONES</b>	<b>60</b>
	<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>66</b>

## INTRODUCCION

El tema de la democracia se vuelve el marco general de toda la discusión política actual. Las perspectivas institucionales y culturales de la democracia dependen del alcance que tengan cada uno de los principales actores políticos en la formulación de acuerdos básicos que posibiliten el acceso a un régimen plural, de competencia equitativa y de dimisión en forma transparente y abierta del conflicto. El interés de este trabajo no es detallar las formas y mecanismos institucionales de nuestra transición, sino comprenderlos a partir de la trama cultural en la que se desenvuelven los actores y se constituyen los sujetos políticos.

Para tal propósito se entenderá a la política, en términos de Norbert Lechner, como un proceso dual: el de su productividad y el del conflicto. La dimensión productiva de la política se vincula con la formación de las culturas políticas, no exentas de contradicciones, pero capaces de asimilar nuevas pautas de comportamiento acordes con las exigencias que plantean las circunstancias. Asimismo, la conflictividad de la política se centra en la competencia de ofertas políticas e ideológicas que disputan el sentido verdadero de las acciones colectivas, el mejor orden social, etc.

El trabajo se aborda desde el terreno de la subjetividad, esto es, atendiendo la formación de la voluntad política a partir de la acción discursiva, pues es en el discurso donde se dota de significación y de sentido toda práctica social. (Gutiérrez Espíndola: 1990, 215)

Es entonces desde la interacción que se construye la propia subjetividad, siempre frente a las diferencias con el otro. Si se toma como principio que la "propia delimitación de la política se ha convertido en un conflicto político" se puede derivar que la "lucha por delimitar-articular los límites sociales" no está dada de antemano, sino que se da a partir de la interacción, esto es, que la propia lucha por especificar

los límites de lo político se dirime en el terreno de lo subjetivo, no como una lucha natural en donde los sujetos están predeterminados, sino que estos se forman en la propia relación. (Lechner: 1987)

El trabajo analiza la constitución del PRD como sujeto político, pues es a través de su genealogía como podremos detectar sus perspectivas en el actual proceso de democratización. Por ello se recuperará la dimensión simbólica como aquella en donde se dan los procesos de formación de los sujetos y de las culturas políticas.

Para entender sus perspectivas en la nueva configuración del subsistema de partidos es necesario recurrir a su constitución como sujeto político, atendiendo a los procesos subjetivos de su conformación: ¿Cuáles son las fuentes constitutivas de su identidad política?, ¿Cómo resuelve su heterogeneidad para constituirse como una unidad al exterior y al interior?, ¿Cómo se inserta en el imaginario colectivo y en las culturas políticas?, ¿Cuáles son sus referentes ideológicos y cómo intervienen en una situación histórica específica?, ¿Cuáles son los destinatarios de su discurso?

El PRD hace pronunciamientos y fija posturas respecto a una multiplicidad de aspectos de la vida nacional, se crea una estructura y una organización propias, define estrategias de lucha política y genera orientaciones que pretenden influir en los procesos políticos de los cuales él forma parte, sin embargo, es de vital importancia analizar las actitudes, los comportamientos, los hábitos, los valores, etc. bajo los cuales opera el PRD en su interior, pues, aunque necesario, no basta con transformar las instituciones y las normas si éstas no se corresponden con modificaciones en las conductas, orientaciones y actitudes colectivas, por ello, el problema de la democracia es, entre otras cosas, un problema de cultura política. El proceso de democratización interno y los rasgos de cultura política, ayudarán a comprender sus perspectivas en la transición a la democracia.

Como no existen datos objetivos sobre los elementos constitutivos de la identidad del sujeto, es necesario recurrir a la percepción que éste tiene de sí mismo. En este sentido, es de particular importancia detectar el marco referencial a través del cual se constituye la identidad del partido (y movimiento) opositor, las coordenadas que definen al sujeto político y lo ubican a su vez como interpelador e interlocutor en un proceso de interacción que recompone continuamente sus rasgos de identidad. De ahí que, la productividad y el conflicto en política se circunscriban a la dimensión subjetiva.

La ubicación del PRD como fuerza política de oposición, que ha impactado de manera significativa a sectores de la sociedad y al sistema político mismo, obliga a analizar los aspectos formativos que intervienen en sus orientaciones políticas y bajo las cuales se enfrenta al reto de transitar hacia la democracia.

Por otro lado, estudiar al PRD ofrece la oportunidad de explorar el proceso de cambio de la izquierda mexicana, la cual ha desplazado sus referentes políticos e ideológicos tradicionales para adoptar y reconstruir una opción democrática. Asimismo, resulta significativo que esta recomposición de la izquierda haya alterado el espectro ideológico y político a nivel nacional, pues se constituye como interlocutor y referencia en la producción de identidades políticas, a saber, PRI y PAN.

El actual proceso de democratización ha estado protagonizado por los tres partidos políticos más importantes (PAN, PRD y PRI). La actuación del PRD ha sido fundamental en las reformas políticas más importantes de los últimos años, sin embargo, los grupos, corrientes y personalidades que componen el PRD se han acoplado contradictoriamente entre una tradición autoritaria y una intencionalidad democrática ambigua. La construcción democrática propia es desplazada por los esfuerzos encaminados a eliminar los rasgos autoritarios externos. En este sentido, existe un fenómeno de condicionamiento de

su vida interna respecto a los rasgos autoritarios y democráticos del sistema político mexicano. Dicho condicionamiento se manifiesta en su particular postura opositora a través del predominio de una actitud de denuncia, cuya representación simbólica más exitosa la constituyen las figuras más importantes de la "excorriente democrática" escindida del PRI.

El objeto de estudio se circunscribe a la dirigencia nacional del PRD, a sus principales corrientes, instancias de gobierno, mecanismos de decisión, así como a sus comportamientos. No se incluirán, en consecuencia, a las dirigencias estatales, excepto cuando participe de manera relevante, dentro de su área de acción, la dirigencia nacional respecto a los aspectos que interesa estudiar.

La investigación comprenderá desde el surgimiento del partido (1988) al proceso electoral de 1994, aunque incluirá, por supuesto, algunos antecedentes para ubicar su conformación. Aparte de que este lapso corresponde al tiempo de vida del partido, será significativo también por delimitarse entre dos períodos de sucesión presidencial.

Los objetivos del trabajo son analizar desde de las diversas corrientes y culturas políticas al interior del PRD, la conformación de una identidad, de un estilo y de una visión muy particular de hacer y de entender la política, para, asimismo, ubicar, a través del estudio de su génesis como sujeto político, sus perspectivas dentro del actual proceso de democratización.

Se distinguirán 3 momentos de análisis que dan cuenta de la evolución del partido respecto a sus posturas y comportamientos.

1) Celebración de Congresos Nacionales (1990 y 1993). En éstos, se da una redistribución de cargos y una modificación en la correlación de fuerzas a través de la elección del Consejo Nacional; se determina la agenda política: estatutos y programas de acción, donde se toma una postura respecto a temas nacionales (político, económico, cultural, social, etc.).

2) Coyunturas electorales (1988, 1991 y 1994). Se definen estrategias de lucha política y es respecto a este tema que se fundan las expectativas democratizadoras del partido desde su perspectiva opositora. Por otro lado, perfila el ascenso de posturas de corrientes a través de la asignación de diputaciones, principalmente, plurinominales.

3) Debate sobre la Reforma Política que se centra en el problema de la legalidad y éste se convierte en uno de los ejes que articulan su discurso democrático.

La investigación se hará, principalmente, a través del análisis de contenido de los documentos más representativos en cuanto a los principios ideológicos y programas de acción, a los discursos y declaraciones de Cuauhtémoc Cárdenas, así como de miembros del CEN perredista y de líderes o representantes de las principales corrientes. Se hará un seguimiento hemerográfico de las coyunturas anteriormente mencionadas, con el fin, de rastrear las posturas de grupos y corrientes al interior del PRD.

El primer capítulo abarca los procesos de constitución de identidades políticas a partir de la emergencia del fenómeno cardenista y la consiguiente unificación de la izquierda mexicana; se enfatiza el papel del discurso político en tanto productor de sentidos y significaciones de la acción colectiva. Asimismo, la genealogía del PRD como sujeto político se aborda desde la dimensión simbólica, en donde las



interpelaciones ideológicas son el referente en la conformación de identidades.

El segundo capítulo se refiere a los aspectos organizativos y normativos, pues es en éstos donde se revelan las contradicciones de su constitución como sujeto político. El apartado acentúa las pautas culturales e ideológicas en la definición de cierta estrategia política en tanto unidad al exterior. Se parte de los reacomodos internos con motivo de su heterogeneidad, teniendo como referente el contexto sociopolítico en el que se gestan. Por otro lado, se destaca el ejercicio democrático al interior como un aspecto fundamental en su desarrollo institucional.

El tercer capítulo se centra en el papel del PRD en el proceso de transición democrática, enfatizando sus orientaciones políticas (su concepción de la política) y la asimilación de nuevos referentes culturales (de carácter democrático) en las definiciones programáticas y estratégicas. Se aborda el Acuerdo Político Nacional desde el terreno de la intersubjetividad en la construcción democrática, así como su posible impacto en las culturas políticas; se resalta como reto de la transición la necesidad de que el nuevo marco institucional en el que están comprometidos los principales actores políticos (partidos políticos y gobierno) corresponda a las expectativas y experiencias cotidianas de la gente y delimite las fronteras de lo posible, con el fin de que la institucionalidad no se vea desbordada y genere regresiones autoritarias que le ofrezcan mayor certidumbre a la sociedad.

## ESQUEMA DE ANALISIS

El análisis de los partidos políticos se puede hacer desde muchos ángulos, hay quienes destacan el ámbito estructural y organizativo, otros, el ideológico, otros más el de la representación y movilización, etc. Sin embargo, un ámbito poco estudiado es el de la cultura política intrapartidista y su impacto en el tejido institucional. Por ello, es importante agregar la dimensión cultural y resaltar la distribución la competencia política y las posiciones (simbólicas) de poder, así como las orientaciones de la acción política.

En este trabajo se estudia a un partido que nunca ha accedido al poder, tanto Ejecutivo Federal como estatal, pero que ha competido "realmente" por él. Esto significa que el análisis carecerá del nivel que corresponde a la lógica de rendimiento en la práctica de gobierno desde las más altas esferas. El papel de partido opositor como es el PRD nos lleva a estudiar su impacto en el desarrollo del sistema político mexicano y del subsistema de partidos en el actual proceso de transición a la democracia. Por su importancia en dicho proceso se proponen dos dimensiones analíticas que contribuirán a tener una idea más completa de un actor político determinado:

### 1) Dimensión estructural

- Subdimensión organizativa
- Subdimensión normativa

### 2) Dimensión simbólica

- Subdimensión ideológica
- Subdimensión de cultura política

La elección por la dimensión estructural tiene que ver con su importancia para captar la organización interna de determinado grupo social y establecer las normas que regulan las relaciones en su interior. Se entenderá al PRD como una totalidad estructurada y significativa, articulada en un sistema de relaciones estables con leyes internas de regulación y cuyo sentido hay que buscar en su propia estructura. Sin embargo, la estructura se comprenderá en un sentido dinámico y no estático, pues creemos que la estructura no es algo dado, sino que sufre modificaciones a través del tiempo.

A partir de la dimensión simbólica se puede captar cómo se constituyen las relaciones cognoscitivas, culturales y sociales, así como la formalización de la diversidad subjetiva tanto al interior como al exterior del partido. La subdimensión ideológica y de cultura política pueden dar cuenta de la forma simbólica de disposición sobre el ámbito político, es decir, de la manera en que se ordena una cosmovisión a partir de configuraciones simbólicas e imaginarias, en este sentido, el orden simbólico intervendrá en la constitución de los sujetos políticos (referidos al ámbito político ideológico) y de las culturas políticas como un factor identificador.

Siendo esta una distinción analítica, se reconoce un condicionamiento mutuo, pues la organización intenta delimitar la distribución del poder y las atribuciones de la autoridad, construidas y reconocidas intersubjetivamente.

Se manejarán dos niveles de análisis, el primero corresponde a la **unidad al interior** y quedará referido al proceso de articulación interna del PRD, tomando en cuenta la configuración de identidades y de culturas políticas que se confrontan en un espacio límite. Se pretende enfatizar la diversidad interna para analizar los elementos que aparecen como constantes y que le otorgan un sentido de pertenencia a cada una de las partes respecto al todo. El segundo nivel abordará el papel del PRD como **unidad al exterior**

y su relación con las otras partes que conforman el sistema político como un todo más general.

### **ALGUNAS CONSIDERACIONES METODOLOGICAS SOBRE LA UNIDAD Y LAS SUBUNIDADES DE ANALISIS.**

Se tendrá como unidad analítica al partido, sin embargo, se contarán con subunidades de análisis que corresponderán a las corrientes que se han formado en su interior.

En este sentido, Sartori distingue a las corrientes de las facciones, aunque no aclara bien este punto, para él las facciones existen dentro de los partidos como "la expresión del conflictos personales; de un comportamiento que valora el YO y desprecia al público." (Sartori, 1976: 54). Aunque este primer acercamiento no está alejado del comportamiento real de las corrientes perredistas, es necesario matizarlo, pues si bien es cierto que hay una lucha por obtener puestos y prebendas con afanes personalistas, las corrientes también pueden representar los impulsos democratizadores y de apertura en los mecanismos de selección y de decisión internos. En todo caso, habría que distinguir entre las diversas motivaciones, actitudes, tendencias y culturas políticas que cada una de ellas porta, para hacer un balance más realista del papel que juegan las corrientes en la vida partidista.

Sartori nos advierte del riesgo del faccionalismo, pues el hecho de que un partido sea necesario y funcional en la dinámica global del sistema democrático, nos lleva a ver lo innecesario y disfuncional del faccionalismo como una especie de hipertrofia política que puede provocar que un partido se comporte como facción, esto es, que deje de servir a los fines del todo (al menos como símbolo normativo) y sólo se sirva a sí mismo. Es prematuro decir que a mayor faccionalismo, mayor democracia, porque justamente las facciones pueden ser la fiel expresión del grado de divisionismo

interno y no, como idealmente se le quiera ver, de pluralidad y tolerancia. Sin embargo, se abordarán a las corrientes como el propio partido las asume (al menos normativamente). El PRD abarca dentro de sus estatutos el derecho a la existencia de corrientes "para impulsar sus puntos de vista", por lo que se conciben más como corrientes de opinión que como facciones, pues "la formación de corrientes no implica tener derechos proporcionales en los cargos de dirección." (Anteproyecto de estatutos, 35).

De lo anterior se deriva el tema de la democracia interna de los partidos políticos. En la actualidad hay un reconocimiento generalizado sobre la importancia de los partidos en el proceso de democratización, sin embargo, empieza a manifestarse una preocupación por la democratización interna, o si se prefiere, por las pequeñas democracias, ya que su impacto en el sistema político es definitivo.

Existen pocos estudios al respecto, pero según autores como Robert Michels "el partido desarrolla una guerra (por el poder de decisión) y por ello necesita de una articulación jerárquica... la democracia no sirve, por tanto, para el uso doméstico de los partidos... el comienzo de la formación de este grupo es también el comienzo del fin de la democracia", y esto se deriva de lo que estableció como Ley sociológica: "La organización es la madre del dominio de los electos sobre los electores." En este sentido, podemos aludir al principio de representatividad interna, ya que podemos convenir en que los partidos políticos son organizaciones elitistas y burocratizadas, pero es posible exigirles un grado mínimo de convivencia democrática, principalmente, en lo que se refiere al marco normativo (derechos de los afiliados, organización y procedimientos democráticos) y al principio de representatividad, así como a los mecanismos de circulación de élites, como una especie de alternancia en el poder. Esa será, desde un particular punto de vista, la democracia posible en los partidos, teniendo en cuenta que algunas veces opera más un criterio de eficacia que de democracia, sobre todo cuando estudiamos partidos aún no consolidados en su organización a nivel nacional, como es el caso del PRD.

## **MARCO CONCEPTUAL DE REFERENCIA**

### **CULTURA POLITICA**

El estudio de la constitución del PRD como sujeto político se inscribe de lleno en el tema de la Cultura Política, tema que ha venido cobrando importancia en el marco del debate sobre la transición a la democracia, en virtud de que permite dar cuenta de la transformación de las orientaciones y pautas de comportamiento de los actores políticos en su mutua interacción, al mismo tiempo que perfila líneas explicativas sobre su constitución misma.

Para el caso del actual proceso político de México, la cultura política es un tema que permite dilucidar fenómenos escasamente abordados desde enfoques de la política que explican los procesos de cambio exclusivamente a partir del entramado institucional y de las posiciones estratégicas y prefiguradas de los actores políticos.

En sentido contrario a estos enfoques, desde la cultura política, se partirá del principio de que los sujetos políticos están en permanente estado de transformación. En un marco general de expectativas y demandas democratizadoras, intensificadas particularmente en los últimos seis años, se analizará cómo éstas se producen y procesan en y desde el PRD, es decir, reconstruir su constitución y desarrollo teniendo como referente esta demanda. La noción de cultura política, sin embargo, no cuenta con un significado claro y preciso. Carece de una concepción reconocida y su contenido es difuso. Pero al margen de esa dificultad y del debate en torno a su precisión, aquí se retoma la definición de Roberto Gutiérrez a partir de los esfuerzos analíticos planteados por Norbert Lechner, particularmente sobre su exposición de una especificación de la política que configura la pertinencia de estudiarla desde un enfoque de Cultura

Política. Se incluirán también algunas observaciones críticas de Francisco Galván y Rafael Farfán que, retomando a Klaus Eder, contribuyen a reforzar la importancia de hacerse cargo del estudio de la cultura política desde casos concretos.

Antes de plantear una definición de cultura política, cabe indicar que se abordará desde un enfoque simbólico y productivo de la política. Al respecto, Norbert Lechner expone una especificación de la política en torno a cuatro ejes: a) considerarla como un momento de la producción y reproducción de la sociedad por ella misma; b) no concebirla como una "tecnología social" en la construcción histórico-social del orden, sino como construcción de acciones recíprocas y, particularmente, la determinación recíproca de los sujetos como el núcleo central de la práctica política; c) la política no sólo como acción instrumental, sino también como una expresión simbólica, es decir, la política como ritual de reconocimiento recíproco de una identidad colectiva y; d) la indicación de que la formalización de la "escena política" distancia a los hombres, pero resulta indispensable para que la subjetividad pueda expresarse. (Lechner: 1987)

A partir de este marco, Roberto Gutiérrez plantea que la cultura política es "la síntesis de valores, hábitos, juicios, actitudes y expectativas que dibujan el perfil de las fuerzas políticas en interacción". Para precisar, y siguiendo el estudio pionero de Almond y Verba, anota que "la cultura política se edifica en torno de referentes tales como la evaluación, conocimiento y vinculaciones afectivas en relación al sistema político, su historia y su normatividad, sobre el tipo de participación, negociación o confrontación que se desarrolla alrededor de los centros de decisión sobre el valor y la importancia de la pluralidad, el consenso y el disenso, etc." (Gutiérrez: 1988, 44)

Una primera observación sobre esta noción conduce a subrayar su nivel muy general; a eso se suma que reúne aspectos muy variados, valores, hábitos, juicios, actitudes y expectativas. Una preocupación implícita en la noción es entender el fenómeno desde la relación gobernantes-gobernados, pero aunque legítima, supone referentes generales y poco claros. No obstante su delimitación desde la acotación de que ellos "dibujan el perfil" de las fuerzas políticas, que para este caso será el PRD, la noción sugeriría una cultura política general que permeará al conjunto de los actores políticos.

En ese sentido, Francisco Galván y Rafael Farfán han objetado una vía de interpretación como la de Roberto Gutiérrez que tiende a centrar la cultura política en la fórmula Cultura Política= Sistema Político= Sistema Electoral y de Partidos, es decir, la cultura política reducida a lo político-institucional y en especial a la forma Estado.

De ahí que opten por una definición descentralizadora de la cultura política, desde la politización de lo social. A pesar de que subsiste la preocupación por una situación política global -pensando el uso del concepto para el caso de México-, esto los lleva a afirmar la pluralidad de culturas políticas en competencia, como resultado, siguiendo a Klaus Eder, "de una distribución específica del poder social, clasista o vivencial, de una distribución específica de la competencia política".

De acuerdo al interés de estudiar al PRD, se recupera no la indicación sobre la politización de lo social en oposición a la centralidad de las estructuras formales de la política, puesto que este partido efectivamente se inscribe en la lucha por el poder desde estas estructuras. Más bien, con lo anterior se quiere enfatizar y prolongar la idea de pluralidad en la noción de cultura política que conduzca a la dinámica interna de un sujeto, resaltando su especificidad a partir de la distribución de la competencia política en su seno.



Bajo esa idea de pluralidad, y referida desde la dimensión simbólica, los elementos particularmente subjetivos que participan en las orientaciones políticas tales como los valores, expectativas, hábitos y actitudes, permiten ser contemplados en su articulación, lo que configura una determinada cultura política, siempre delineada a través de sus rasgos predominantes en un sentido dinámico y no menos contradictorio.

Asimismo, se retomará la idea de los autores arriba referidos, en el sentido de analizar los procesos formativos que conducen a los sujetos políticos a adoptar ciertas representaciones y comportamientos con respecto a la significación y práctica de la política y, con ello, determinar la configuración de identidades políticas. De ahí que, siguiendo la definición de Roberto Gutiérrez sobre la cultura política pero con la acotación de Klaus Eder, la noción aplicada al PRD atenderá a la distribución de la competencia política considerando la síntesis de valores, hábitos, juicios, actitudes y expectativas producidas en su carácter dinámico, en la configuración normativa e institucional, así como en la interdependencia de sus componentes, que conforman el perfil del PRD con los grupos, corrientes y personalidades que lo constituyen. Asimismo, se entenderá que su cultura política se edifica también "en torno al tipo de participación, negociación, sobre el valor y la importancia de la pluralidad, el consenso y el disenso", entre otros aspectos.

Por lo tanto, se aplicará el concepto de cultura política desde un actor y desde la constitución del mismo en dos vertientes: en su interrelación con otros partidos políticos y desde su diversidad interna. Esta distinción sin embargo es analítica, puesto que ambos aspectos forman parte de un mismo proceso en la constitución del PRD. Este proceso implica una distribución de la competencia política, a decir de la diversidad interna y de las orientaciones asumidas por el PRD en el escenario político en el que se inscribe.

Si bien se abordará la formación de la identidad política del PRD en consonancia con el eje de la cultura política, se pondrá el acento en el proceso de su constitución como sujeto político.

## **IDEOLOGIA Y SUJETO POLITICO**

Si bien es cierto que ahí donde la ideología no alcanza a explicar la complejidad de los actores políticos, la cultura política entra como un concepto clave en el entendimiento de los procesos subjetivos que van más allá de las nociones de consenso y conflicto, centrándose más bien en las pautas de comportamiento y en la distribución del poder social, sin embargo, la ideología política da cuenta del modo en el que se racionaliza el conflicto, es decir, representa coherentemente a las fuerzas antagónicas que simbolizan la lucha por el poder político.

En este sentido, la ideología política se conecta directamente con la noción de conflicto. Existe una relación estrecha entre el conflicto sociopolítico y la elaboración teórica que aporta el discurso para reforzarlo, atenuarlo o desplazarlo. Es así, como la ideología hace explícitas las diferencias mediante la elaboración sistemática. "En este sentido las relaciones entre los conflictos y el discurso son directas y múltiples, no porque la ideología sea una expresión traspuesta del conflicto sino, sobre todo, porque aporta el modelo del conflicto y sirve para organizar las prácticas determinantes." (Ansart, 1988: 16)

En el terreno político, las ideologías, principalmente partidistas, entran en una oposición constante; el conflicto se vuelve el centro de producción de sentidos encontrados aportando los modelos de identificación. Cuando se habla de una ideología partidaria concreta se busca rastrear no sólo su contenido, sino su intervención en una situación histórica específica.

El enfoque psicoanalítico ofrece una veta de entendimiento de las ideologías en la adquisición de identidades, pues es su función interpeladora la que nombra a "los diferentes destinatarios de los discursos" (Landi, 1988: 186), esto significa que la ideología interviene en la constitución de un YO, de un NOSOTROS, como significantes que definen sus propiedades siempre frente a las características de otros significantes. Es a partir de la propia interacción como se constituyen los sujetos, pues como lo establece el propio L. Althusser, "la ideología interpela a los individuos como sujetos", y el discurso distribuye las identidades mediante el planteamiento de "oposiciones significativas". La lingüística se refiere a este proceso en términos de interlocución en donde "cada locutor no puede ponerse como sujeto, sino implicando al otro" y será el discurso el que constituya todas las coordenadas que definen al sujeto (Benveniste, 1971). Sin embargo, como advierte Oscar Landi, no todas las interpelaciones son exitosas y no todos los destinatarios se convierten en interlocutores.

La efectividad de un discurso político depende de la articulación del sentido común, de las historias cotidianas de vida y de las culturas políticas previas, entonces el éxito interpelador radicarán en la "sincronía entre la propuesta discursiva y la expectativa e idealización de los individuos, lo que nos lleva al propio proceso de constitución de los sujetos políticos" (Gutiérrez Espíndola: 1990).

Landi se ha referido a la inexistencia de discursos partidarios propios debido a que hay una circulación temática intrapartidista (ningún partido puede reclamar para sí el monopolio de temas sociopolíticos) y una crisis doctrinaria que provoca un ajuste pragmático constante ante diversas situaciones. De ahí que las identidades partidistas sean vulnerables por otras ofertas políticas que compiten discursivamente a través de una red de comunicación discontinua y de entrelazamiento de mensajes, sin embargo, en circunstancias preelectorales es más probable que se pongan en funcionamiento "las afinidades electivas entre partidos y culturas políticas" (Landi: 1987, 56).

Es en este punto donde intervienen dos nociones clave para el entendimiento cabal de la ideología: el orden simbólico y el sentido. Los procesos de formación del poder, desde la subjetividad, atienden a la indagación de la dimensión discursiva, pues la autoridad no está dada de antemano, sino que es en los discursos donde se legitiman las posiciones simbólicas de poder en una red intersubjetiva de comunicación. Empero la función del discurso político no se reduce al reconocimiento o no de la autoridad; todo discurso implica una visión ideológica y una serie de principios que actúan como un medio para lograr acuerdos colectivos, provee a los individuos de una "identidad positiva" al socializar una visión del mundo que lo libera de la ambigüedad, es decir, el sujeto se orienta a través del sentido que le otorga a sus acciones dándole la sensación de dominar simbólicamente la realidad, y es esta certeza la que va a determinar los intercambios y los reconocimientos mutuos. (Ansart: 1988).

La ideología política es un medio privilegiado del poder político en tanto lenguaje totalizador y, por tanto, simplificador de las diferencias, sin embargo, tiene que renovar el sentido constantemente porque el hecho de que se comunique desde el poder no le garantiza un efecto unificador definitivo. En coyunturas históricas difíciles es más probable que los discursos de la oposición desarticulen la eficacia de los discursos oficiales, pues la "legitimidad de origen" (la creencia en la veracidad de las promesas vertidas en el discurso de campaña) se verá confrontada por la legitimidad de "rendimiento" (cumplimiento de las promesas en la práctica de gobierno) y de este modo, la ideología contra el poder se fortalecerá debilitando a su adversario. Entonces cuando la producción de sentido escapa a los detentadores del poder, ésta tiende a desarrollarse desde los grupos opositores a las capas menos beneficiadas de la sociedad. Estas encontrarán una nueva red de sentido en la construcción del "buen orden": el sistema simbólico será, en un primer momento, la mediación por excelencia de las relaciones sociales, será el tiempo de lo imaginario político, de la utopía, en el que se concentrará la energía social, para más tarde pasar a la fase de sistematización ideológica, misma que se transformará de acuerdo a

la dinámica del conflicto y no tanto por la intensidad del descontento (como en la primera fase de creatividad política).

Ansart delinea bien las características básicas de esta tipología construida de acuerdo con el criterio del impacto de sustracción o de ocultación que provocan. Mientras que una ideología dominante tiende a ocultar las distancias sociales y a confundir a los actores en una unidad proclamada, la ideología crítica, que se formula rechazando el discurso unificante, revela la diferencia y, por su sola presencia, sitúa en una posición de defensa o de conflicto a los actores sociales. Las aspiraciones insatisfechas, los fracasos, las contradicciones, todo un campo social que escapa al control de lo impuesto, surge en el ámbito de la conciencia social por medio del discurso diferencial (Ansart: 1988, 179).

Ahora bien, la eficacia ideológica de la oposición no dependerá sólo de la desarticulación de la ideología oficial, sino de cómo se inserte dentro del horizonte de lo posible y del imaginario político, es decir, qué tanto responda a las expectativas y utopías sociales sin dejar de lado cierta dosis de realismo político, entendiéndolo como la posibilidad de hacer. Esta apelación al realismo se torna muy importante sobre todo en periodos de transición, cuando se modifican los referentes o parámetros de la acción social y cuando se configuran nuevas identidades políticas. Ahora bien, desde el punto de vista discursivo Landi propone tres vetas de análisis: la pragmática lingüística,<sup>1/</sup> el análisis sobre la constitución de los sujetos políticos, específicamente la parte que corresponde a las funciones referenciales en el discurso político, y el análisis de las operaciones discursivas de presentación de la realidad y de lo posible.

---

<sup>1/</sup> E. Benveniste habla de los enunciados sui-referenciales, como aquellos en los que el significante es idéntico al referente, es decir, el enunciado equivale a la realización del acto (por ejemplo, la enunciación de la promesa equivale al acto mismo de prometer. De este modo, el discurso político tiene un carácter autoreferencial, pues la promesa en el discurso tiene una doble referencia: "la de la realidad sobre la que se promete y la de la acción de prometer."

La cuestión de cómo trazar las fronteras de lo posible tiene que ver con la creación de rutinas institucionales bajo un marco de referencia común que desintensifique el conflicto, porque justamente una condición básica de la gobernabilidad se refiere a la creación de un consenso sobre lo fundamental que no impida la realización de los múltiples intereses de los actores involucrados; la política democrática implica la innovación de reglas y rutinas, que desconocen las reglas gramaticales de la política anterior, sobre todo en procesos de transición de regímenes autoritarios a regímenes democráticos.

## **SOBRE LA TRANSICION A LA DEMOCRACIA**

Las teorías sobre la transición generalmente se refieren a este proceso como el intervalo que existe entre un régimen político y otro. Casi siempre se parte de la transición de regímenes autoritarios o totalitarios a la instauración de algún tipo de democracia. Lo que se pone en juego en este tipo de procesos es la definición de un marco normativo comprensible y aceptado por el conjunto de los actores, de ahí la conflictividad y la creatividad de la política.

Todo proceso de transición debe abarcar dos niveles: el institucional y el cultural (modificaciones en los hábitos, valores y actitudes respecto de la política y del sistema político).

El caso mexicano se caracteriza porque ha sido el propio gobierno el que ha planteado las reglas e impuesto límites entre lo posible y lo imposible. Sin embargo, la transición implica pacto, consenso, diálogo, etc., pero de mantenerse irreconciliables las posturas de las principales fuerzas políticas, es muy probable que se caiga en la tentación de regresar a las soluciones autoritarias, pues cuando un proceso de tránsito es tan conflictivo, el margen de incertidumbre se abre cada vez más, por lo que las regresiones autoritarias vienen a consolidar las certezas subjetivas y a aminorar la angustia.

En el debate sobre la transición a la democracia en México se encuentran dos posturas claramente diferenciadas, aunque no opuestas.

Una, concibe el tránsito desde arriba, desde el plano institucional e incorpora el factor cultural (de cultura política) desde los sujetos protagonistas del cambio: los partidos políticos y el gobierno. Esta visión supone la democratización desde el corazón del sistema político mexicano, es decir, desde el partido en el poder y su relación, principalmente con el Ejecutivo, y a su vez, la de éste con los demás poderes, lo que implica la reforma democrática del Estado.

Otra, percibe la democratización desde abajo, es decir, a partir de un movimiento social que empuje a la reestructuración de la relación Estado-sociedad. Para lo cual, es necesario establecer un nuevo pacto social en el que se funde la legitimidad del Estado democrático, es decir, de un Estado de derecho eficaz que sea capaz, a partir de una nueva legalidad, de garantizar los derechos sociales y políticos de los individuos y de las organizaciones. El proceso de democratización es analizado en una línea de masas promotora del cambio político: apertura del sistema político, que implica el reconocimiento a la pluralidad política e ideológica que ya no puede expresarse en el "partido de Estado".

La primera postura apuesta a la capacidad de las fuerzas políticas para lograr consensos básicos, que posibiliten la alternancia en el poder; la segunda, apuesta a la desestabilización del "régimen de Partido de Estado" como condición necesaria para transitar a la democracia.

En este sentido, el PRD se ha incorporado como un nuevo referente para pensar la transición, pues aparece como un interlocutor necesario en el proceso de democratización. Si antes de 1988, algunos analistas apostaban a la consolidación de un sistema bipartidista, la incursión del PRD en la escena

política nacional dividió electoralmente al país en tres líneas, ya que el PRI, el PAN y el PRD tienen profundas raíces históricas en la cultura política mexicana. (Gilly: 1990)

La responsabilidad de los partidos políticos en la transición es innegable, sin embargo, la falta de acuerdos en las rutinas institucionales por parte de las principales fuerzas políticas ha generado una relación de desconfianza entre los partidos y el gobierno y de éstos entre sí. Los consensos básicos entre los actores tienen que partir de propuestas nacionales realistas y racionales, de lo contrario, la agenda nacional seguirá estando en manos del gobierno y la oposición seguirá jugando el papel de espectador y crítico de las acciones del gobierno.



## **CAPITULO I**

### **DEL FRENTE DEMOCRATICO NACIONAL AL PARTIDO DE LA REVOLUCION DEMOCRATICA**

#### **1.1 El cardenismo y el movimiento ciudadano**

En 1986 surgió al interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI) la Corriente Democrática (CD) encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. La preocupación acerca del rumbo que tomaba México con la política económica seguida por Miguel de la Madrid, así como del alejamiento de los principios revolucionarios, fueron los factores que impulsaron el surgimiento de la CD. Más tarde, ante el proceso de sucesión presidencial, ésta cuestionó los mecanismos tradicionales de transmisión del poder, sin embargo, el intento por renovar al PRI, por tanto al sistema mismo, obligó a la CD a enfrentársele, pues la lógica de funcionamiento del sistema político mexicano no corresponde a los mecanismos democráticos de reproducción.

La escisión de la CD del PRI desembocó en la postulación de C. Cárdenas como candidato a la presidencia en las elecciones federales de 1988 por el Frente Democrático Nacional (FDN), compuesto por partidos "paraestatales" (PARM, PFCRN, PPS) y por el Partido Mexicano Socialista (antes PSUM), por movimientos sociales y por organizaciones civiles. Cárdenas se perfiló como el líder carismático que demandaban sectores significativos de la sociedad, por lo que se dio la posibilidad de encabezar un movimiento ciudadano por la democratización del sistema político. Un líder sin partido y un "partido de Estado" sin liderazgo carismático fueron los elementos que simbolizaron la lucha por la nación y por la legitimidad del proyecto histórico de la Revolución Mexicana.

La escisión de la Corriente Democrática del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1987 desembocó en el fenómeno neocardenista, el cual interpeló a diversos sectores de la sociedad, pero, principalmente, tuvo el acierto de convocar y aglutinar a las izquierdas dispersas (con excepción del PRT).

La identidad entre el cardenismo y el movimiento ciudadano que se organizó alrededor de la figura casi mítica del hijo del General Lázaro Cárdenas, expresó una nueva fuerza social y política, desigual, heterogénea y cargada de múltiples contradicciones.

La novedad de este movimiento es que no se inscribió en referentes previamente organizados, a pesar de que muchos de los miembros que integraron el Frente Democrático Nacional (FDN) provenían de grupos políticos y civiles con tradiciones diversas. Otro factor novedoso fue que diversas organizaciones confluyeran en un frente electoral único, sobre todo cuando no ha arraigado una cultura del voto y, mucho menos, cuando a las elecciones no se les ha asignado un valor de cambio, sino más bien de reafirmación del aparato hegemónico de dominación. Entonces cabe preguntarse, ¿Qué tipo de expectativas se generaron en las elecciones de 1988?

El neocardenismo logró sincronizar expectativas de cambio, historias de vida y culturas políticas previas con un proyecto de nación (no de gobierno) que recuperaba la tradición nacionalista y popular de los preceptos constitucionales de 1917, pues es a partir del desencuentro de lenguajes políticos que se dio al interior del PRI en 1987, que surgió dentro de ciertos sectores la expectativa de transformación política y de reivindicación de añejas demandas sociales.

Ante la incertidumbre y el descontento que generó la crisis económica que la política económica impulsada por Miguel De la Madrid, Cárdenas se convirtió en el líder carismático que demandaban amplios sectores de la sociedad, devolvió la fé en la promesa del México justo, democrático y soberano, ofreció certidumbre al recuperar un proyecto nacional fundado en los principios revolucionarios de 1917, de ahí, que haya podido insertarse en el imaginario colectivo con gran éxito.

Los nuevos padrones de rechazo moral hacia las justificaciones tradicionales de la miseria y la desigualdad crearon una identidad política efectiva que se convirtió en el referente central de la constitución del movimiento opositor en sujeto político. Cárdenas aportó un nuevo diagnóstico sobre la situación nacional, así como nuevas medidas para condenar la injusticia social. La exaltación acerca del papel social que debe tener el gobierno y la carga moral de su discurso fueron algunos de los factores por los que se explica el éxito interpelador del cardenismo en la coyuntura de 1988.

El discurso cardenista le dio unidad al movimiento ciudadano y lo condujo hacia la resignificación temporal, en donde la legitimación de la acción presente apela a las luchas nacionales y revolucionarias del pasado en función de un futuro que aparece como deseable. La enunciación de lo justo y lo injusto, la definición sobre lo legítimo, la denuncia de las opresiones, el señalamiento de los traidores a los principios nacionales, etc. fueron los factores que simbolizaron el descontento social que, a pesar de todo, no logró traducirse, por la vía del voto, en un consenso generalizado sobre el agotamiento de la relación vertical y autoritaria entre el Estado y la sociedad.

Dentro de las significaciones que el cardenismo ha construido, el 6 de julio de 1988 aparece como un momento clave de la transición a la democracia, pues la movilización social es interpretada como el elemento central del cambio político. Sin embargo, una vez denunciado el fraude electoral y por tanto,

condenado el sistema a la ingobernabilidad, la movilización poselectoral terminó dispersando gran parte del capital político acumulado durante la campaña electoral.

Si el cardenismo alteró la percepción de lo posible, resignificó símbolos desactivados de la memoria colectiva, generó expectativas de transformación social, les asignó un lugar a los sujetos sociales, entonces ¿por qué no logró desintegrar la hegemonía priísta? En términos psicosociales, ¿Qué elementos operaron en la conciencia colectiva para finalmente aceptar el orden de cosas establecido?

La sobrevivencia de una cultura política de orientaciones confusas, en donde coexisten valores democráticos y autoritarios, condujo a un antagonismo en la conformación cultural de la sociedad. Por otro lado, la eficacia que el cardenismo tuvo en términos de interpelación, se diluyó al pasar el momento de efervescencia política, pues no se puede mantener el conflicto permanentemente. La sociedad recuperó, durante el primer año de gobierno de Salinas de Gortari, el principio de normalidad que la coyuntura electoral había alterado.

## **1.2 La izquierda y la alternativa por la democracia**

El proceso de apropiación paulatina de la historia nacional por parte de las izquierdas en México ha estado lleno de tropiezos y contradicciones; no menos conflictiva ha sido la incorporación de referentes democráticos a los proyectos políticos y a la práctica partidaria.

Las fuentes ideológicas de la izquierda revolucionaria o comunista han ido desde el anarcosindicalismo hasta el estalinismo de la Tercera Internacional (década de los treinta). La herencia del primero se reflejó en una actitud antiestatista que desembocó en la negación de la Revolución Mexicana, por ser un

movimiento popular traicionado por grupos minoritarios. El estalinismo, por su parte, introdujo la idea de que la revolución había marcado el tránsito de una sociedad feudal a una semifeudal y que los objetivos democráticos y antiimperialistas estaban aún por cumplirse. Sin embargo, la democracia se asumía como una condición necesaria pero insuficiente, pues la meta era acceder al socialismo vía la revolución <sup>1/</sup>.

La diversificación de la izquierda en los cincuenta (comunistas, lombardistas, trotskistas, maoístas, etc.) contribuyó al replanteamiento de la identidad nacional a través de una revisión de la historia, particularmente, del episodio revolucionario de 1910-17, lo cual obligó a hacer una retrospectiva crítica de la trayectoria ideológica y estratégica de la izquierda misma. El movimiento estudiantil de 1968 atrajo a nuevos grupos de izquierda que no tenían puntos de convergencia, ni ideológica ni táctica, con la vieja izquierda. El estatismo nacionalista y la crítica al régimen autoritario fueron las nuevas señas de identidad, el referente democrático se fue haciendo más claro, sin embargo, la herencia de una visión teológica de la historia y una percepción conflictiva de la política impidieron que la izquierda de los setentas asumiera valores y actitudes democráticas, pues si bien, la reforma política de 1977 implicó una apertura democrática en la que el PCM y otros partidos de izquierda obtuvieron su legalización, no lograron incorporar la vía electoral como el referente central de las transformaciones del sistema político mexicano <sup>2/</sup>.

La trayectoria nacionalista de las izquierdas ha tenido como uno de sus referentes las reformas sociales impulsadas por el gobierno de Lázaro Cárdenas. De ahí que, la identidad que se dio entre la izquierda

---

<sup>1/</sup> En ese momento surgió otro grupo de izquierda representado en la figura de V. Lombardo y que partía de la preservación del Estado postrevolucionario y no de su transformación para, desde ahí, desarrollar la acción revolucionaria. El Partido Popular (PP), hoy PPS, se opuso siempre a la izquierda comunista. No la incluyo en este segmento porque muy pronto se convirtió en aliada del gobierno.

<sup>2/</sup> Cfr. Córdova, Arnaldo. *La larga marcha de la izquierda mexicana*, Nexos No. 102, junio, México, 1986.

y el neocardenismo en 1988 se haya fundado en el ideario nacionalista de la Revolución Mexicana, uno de los períodos que persisten con toda su carga simbólica dentro del imaginario social.

La invocación del nacionalismo cobró más importancia en los años recientes, pues aparece como un dispositivo de defensa ante el nuevo contexto internacional de globalización económica; la crisis de identidad que vive la izquierda ante el descubrimiento ideológico en el que quedó después del derrumbe de los sistemas socialistas de Europa del este, la ha llevado a asumir el discurso democrático sin matices ni mediaciones, más por necesidad que por convicción. No obstante, la lectura de la nueva situación nacional obligó a replantear la estrategia de la izquierda, lo que originó su unidad en el FDN apoyando la candidatura de Cárdenas primero y, la conformación del PRD después. Lo importante de esa alianza es que partió de la necesidad de constituir una fuerza política y social real que pudiera incidir en la vida política nacional <sup>3/</sup>.

Las interrogantes que aquí cabe hacer es ¿Por qué fracasaron intentos de unificación de la izquierda como el del PSUM y más tarde el del PMS?, ¿Por qué fue tan efectiva la unificación en 1988 al grado de colocarla como la segunda fuerza electoral a nivel nacional? En primera instancia, la respuesta se encuentra en la falta de vocación de poder de la vieja y nueva izquierda: la dispersión, el sectarismo, el dogmatismo, la ausencia de realismo político, la condición asumida de marginalidad, la visión finalista de la historia y la percepción beligerante de la política, fueron aspectos que marcaron el largo y errado camino de la izquierda hacia el poder, pareciera más bien que se conformó con criticar sistemáticamente las acciones del gobierno.

---

<sup>3/</sup> Una genealogía sobre la izquierda mexicana se encuentra en Nexos No. 54, junio de 1982.

Quizá la ruptura de la CD con el PRI fue el elemento que hizo confiar a la izquierda en su potencial: un líder fuerte y carismático que unificaba al movimiento opositor le daba mayores posibilidades de competir por el poder, por primera vez se asumió como una fuerza capaz de derrotar al partido oficial.

### **1.3 La pugna por la hegemonía: el impacto ideológico en la coyuntura de 1988**

Desde la lectura de la oposición de izquierda, las elecciones de 1988 suponían la mutación del régimen político, pero, paradójicamente, el referente normativo en el que se marcó el horizonte de lo posible en el discurso cardenista fue la Constitución de 1917. La interpretación acrítica del pasado no dejó ver que justamente lo que el proceso de transición democrática exigía era la creación de un espacio institucional no existente; el regreso a la legalidad transgredida por el gobierno era insuficiente. La combinación entre la normatividad existente y una nueva basada, en un pacto político entre las fuerzas más representativas eran la condición, desde el plano institucional, para un tránsito menos traumático hacia la democracia. Sin embargo, la dimensión subjetiva del conflicto colocó a los principales protagonistas en posiciones irreconciliables al grado de pensar que la exclusión del adversario era la única forma de restaurar la armonía perdida.

La pugna de aquel momento se centró en hegemonizar una visión sobre el estado de cosas y el rumbo que se debería tomar. En este sentido, el redimensionamiento del ritmo y de los tiempos del cambio jugó un papel fundamental en la construcción intersubjetiva de lo posible y de lo deseable. La posible hegemonía de un sistema de interpelaciones tiene que ver con dos elementos principalmente: 1. la capacidad para desarticular las posiciones contrarias y 2. las posiciones simbólicas de poder y el contexto institucional desde donde se emite el mensaje. (Landi)

Las definiciones desde el grupo opositor se hicieron a partir del cuestionamiento al modelo económico de Miguel de la Madrid, cuya continuidad aseguraba Salinas de Gortari, la Corriente Democrática apeló a la ideología revolucionaria para contrastar la estrategia modernizadora del gobierno marcando una ruptura entre el régimen y el proyecto de la Revolución Mexicana. En el llamamiento al pueblo de México en 1987 y en ocasión de la Marcha de las 100 horas por la democracia, la CD invita a una "alianza patriótica capaz de frenar la contrarrevolución y la supeditación del país a intereses extranjeros" (Garrido, 1993: 162). Lo que se puso en juego en la campaña electoral de 1988 fue la "correcta" interpretación de la historia nacional y la herencia "legítima" de los símbolos y señas nacionales <sup>4/</sup>. La resignificación temporal fue un recurso utilizado tanto por el candidato oficial como por Cárdenas.

La construcción del conflicto tuvo como nudo central la legitimidad. Mientras el cardenismo se proclamaba como el legítimo heredero de los principios revolucionarios, el priismo se asumía como el legítimo detentador del poder, por ser el único partido que tiene experiencia de gobierno. La invocación al realismo por parte del gobierno fue uno de los elementos centrales de su discurso, pues situaba a la oposición como nostálgica de un pasado paternalista y, demagógicamente popular.

"Para entender el fenómeno es necesario, sin duda, recurrir a nuestra historia y reconocer en ella los rasgos que dieron forma a una tradición política en la que la convivencia democrática, en tanto pluralidad reconocida, reglamentada y estimulada, fue consistentemente eludida a través de la implantación hegemónica de un proyecto nacional - visto como el único heredero legítimo del complejo movimiento político-militar del 10-17 - incuestionable y por lo tanto irremplazable. Sin duda, esto ha condicionado fuertemente la forma en que, desde la óptica de la institucionalidad predominante, se percibe la eventual presencia de competidores políticos" (Gutiérrez, 1988: 46).

---

<sup>4/</sup> Cfr. Entrevista a Muñoz Ledo en Proceso No. 657, 5 de junio de 1989, pp. 6-13.



Mientras que en el discurso oficial se intentaban simplificar las diferencias sociales a través de un discurso unificador en los rasgos de identidad nacional, apelando a los valores de paz social y estabilidad política como conquista de todos los mexicanos, el discurso de la izquierda ampliaba las distancias sociales y situaba a los sujetos sociales en posiciones de defensa o de conflicto.

El gobierno no dudó en activar los dispositivos hegemónicos de autoridad, difundiendo el terror ideológico que se basaba en dos premisas fundamentalmente: 1. Cualquier otro partido que llegue al poder que no sea el PRI, llevaría al país a la desestabilización y la violencia; 2. Si Cárdenas llega al poder implantaría el socialismo y los mexicanos perderían los privilegios que han conquistado con tantos años de lucha.

Es innegable la eficacia con la que funcionó el aparato ideológico del gobierno, sin embargo, la confrontación ideológica no es suficiente para explicar el triunfo o no en las urnas. La novedosa votación en las elecciones de 1988 no tiene significados unívocos, más bien se trata de un fenómeno de enorme complejidad, en el que las motivaciones del voto opositor aparecen cargadas de contradicciones.

Si el éxito interpelador del discurso cardenista en la campaña electoral no logró traducirse en una votación mayoritaria contra el candidato oficial, ¿Cómo entender el problema de la hegemonía política?, al respecto Landi dice "que la hegemonía se define por lo que se excluye del temario público, por lo que no alcanza a constituirse como pregunta y problema de la sociedad." La incertidumbre de la sociedad tenía como origen la crisis económica, los electores esperaban mayores respuestas sobre su economía doméstica, una transformación política seguramente aumentaría el margen de incertidumbre; la continuidad institucional que representaba Salinas no trastocaba el control sobre el universo de posibilidades de la sociedad. Por otro lado, la democracia tuvo una "competencia argumentativa" en los

discursos de las tres fuerzas políticas más importantes (FDN, PAN y PRI), sin embargo, la exclusión del tema de la alternancia fue funcional para el gobierno, pues su inclusión en la agenda pública hubiera implicado el reconocimiento de que existen fuerzas capaces de gobernar independientemente del PRI. La posibilidad de la alternancia se hubiera insertado en el imaginario social como una premisa básica de la nueva institucionalidad que exige la democracia. A pesar de ello, el disuelto FDN, ahora PRD, tuvo el acierto de incorporar diversos temas a la agenda nacional (reforma electoral, justicia social, legalidad, etc.)

#### **1.4 La constitución del PRD como sujeto político**

El 6 de julio de 1988 aparece como el parteaguas de la nueva identidad política, en donde los sujetos que la producen encuentran nuevas formas de relacionarse.

Una vez superado el conflicto electoral, los dirigentes del movimiento convocan el 21 de octubre de 1988 a conformar la "unidad en la diversidad" en un partido cuyas imágenes y signos de identidad se fundan en las coyunturas más conflictivas de la historia nacional (la Independencia, la Reforma, la Revolución Mexicana), en este sentido, a las elecciones de 1988 se les carga de un contenido transformador, revolucionario: "Estamos nuevamente ante una de esas fronteras de nuestra historia. El 6 de julio el pueblo mexicano votó por la igualdad, por la justicia, por la libertad y por cambios democráticos en el régimen político imperante. Este voto fue ignorado y burlado por el fraude y la imposición." Estas fueron las palabras de Cárdenas al convocar a la formación del PRD, por demás reveladoras de un discurso que pretende fincar su identidad a partir de la denuncia de los males y de las opresiones, así como del señalamiento de los responsables.

Las nuevas significaciones se realizan a partir de la negación de las formas establecidas y la consiguiente promesa de liberación: "Con nuestra organización mantendremos y defenderemos el programa que levantó el FDN y que la mayoría de los mexicanos aprobaron con su voto. Mantendremos y consolidaremos el propio Frente. Ganaremos elecciones y formaremos gobiernos. Reorganizaremos la vida nacional en la política, en la economía, en la cultura, en la soberanía de México dentro de la comunidad internacional. Lo haremos abriendo todas las posibilidades para que la sociedad pueda salir de la presente crisis y reorganizarse a sí misma y a sus instituciones en libertad, con tolerancia y con justicia."

La conformación de una identidad política de oposición, en el caso del neocardenismo, se ha basado en la construcción de una distancia simbólica entre los adversarios. La sobrevaloración del grupo al que se pertenece y la representación devaluadora de la fuerza política contraria, en este caso el "partido de Estado" (PRI), ha llevado al PRD a una práctica política beligerante que parte del esquema simplificador de la política como amigo-enemigo.

El PRD se autopercibe como un sujeto plural, pero que tiene referentes fundamentales de convergencia que mantienen la unidad. En el Primer Congreso Nacional del PRD, Cárdenas alude a las intenciones del gobierno por fracturar la unidad del movimiento, sin embargo, "no han prosperado y lo que se ha dado y se sigue dando es que muchos militantes del partido oficial, por sus prácticas antidemocráticas y por su franca oposición al proyecto de la Revolución Mexicana, siguen sumándose a nuestras filas." El elemento expriísta es sobrevalorado, pues no importa si se comulga o no con el programa y el proyecto político del PRD, basta con que se opongan al gobierno (a estos personajes se les cubre de un aura de honestidad irrefutable). En este sentido, el PRD proclama una verdad absoluta que resiste todos los intentos de desarticulación.

La heterogeneidad de corrientes que le dieron vida al partido provienen de culturas políticas y de formaciones ideológicas diferentes <sup>5/</sup>, lo cual vuelve vulnerable la unidad del partido, pues si bien en momentos de efervescencia y de conflicto político pueden mantener la coherencia que proporcionan la figura de Cárdenas y los principios revolucionarios y democráticos, las contradicciones de su propia conformación se revelarán al momento de decidir sobre determinadas estrategias, al momento de darse una dirección y organización propias, etc.

El desdoblamiento del PRD como movimiento y como institución política es una de las particularidades en su conformación como sujeto político y también una de las contradicciones de su identidad, pues como movimiento mantiene el nivel de denuncia, sin embargo, como partido no ha logrado conformar una alternativa de gobierno que le dé mayores posibilidades de incidir en los procesos de transformación democrática del sistema político.

Hasta aquí se ha trabajado el nivel de análisis que corresponde a la conformación del PRD en su unidad al exterior, enfatizando su interrelación con diferentes agentes sociales y con el gobierno. Se partió de las configuraciones simbólicas e imaginarias que dotaron de sentido a cierta práctica intersubjetiva que le otorgó su estatuto como sujeto político. Sin embargo, será necesario referirse al proceso de articulación interna, dándole mayor peso a la dimensión estructural y cómo desde ahí se da el acoplamiento entre las diferentes corrientes que lo conforman, pues sus perspectivas en el proceso de transición dependen en buena medida de la forma en que se resuelvan las contradicciones entre las diferentes subjetividades que lo constituyeron.

---

<sup>5/</sup> Fuerzas progresistas, Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, Organización Revolucionaria Punto Crítico, Partido Liberal, Movimiento al Socialismo, Grupo Poliforum, Asamblea de Barrios, Asociación Cívica Nacionalista Revolucionaria, Convergencia Democrática, OIR-Línea de Masas, Partido Mexicano Socialista y Corriente Democrática.

## **CAPITULO II**

### **LA ARTICULACION INTERNA**

#### **2.1. La Articulación y Correlación de Fuerzas: El Factor Cárdenas**

La importancia que tiene el PRD en la vida política nacional, obliga a analizar su organización, es decir, cómo quedan conformados los órganos de dirección, cuáles son los procedimientos que utiliza para seleccionar dirigentes y candidatos, el tratamiento de su pluralidad interna, así como los medios de control de la democracia intrapartidista. Cobra mayor relevancia el estudio de su sistema electoral, porque de él derivan las críticas más importantes a su democraticidad y es ahí donde las corrientes internas han jugado un papel fundamental.

Sin embargo, no basta observar cómo se articula internamente, sino el tipo de conflictos que con motivo de su estructura se generan, pues a un partido también se le conoce por sus rupturas y no sólo por sus alianzas. Se hará alusión a los estatutos del partido en tanto indicadores de la democracia (teórica), no obstante, será el análisis del desenvolvimiento de las corrientes y de los dirigentes el que dará luz sobre el grado de democratización al interior, pues como bien indica Adolfo Gilly, "el ejercicio de la democracia no depende de una declaración de principios o de un estatuto, aunque éstas sean indispensables, sino de una rutina que se vaya consolidando en la práctica constante y repetida." (Gilly: 1990, 68).

El PRD, desde sus inicios, enfrentó una doble problemática: la de la propia construcción partidaria (organización a nivel nacional y representatividad de las corrientes en los órganos de dirección) y la de

la estrategia política (seguir impugnando la ilegitimidad del gobierno de Salinas o impulsar el diálogo con el gobierno), que tiene que ver con la definición de una identidad partidaria en tanto diferenciación de los movimientos sociales y de las agrupaciones gremiales.

Una de las principales preocupaciones de los miembros fundadores del partido fue la de asegurar el funcionamiento democrático y, al mismo tiempo, lograr la mayor eficacia en sus operaciones. Aunque hubo consenso en lo fundamental, las diferentes formas de entender la democracia intrapartidista fueron divergentes; se destacan las dos posturas más significativas: una, abogó por fundar la democratización en la dirección colectiva de los órganos del partido; otra, puso el acento en la representación genuina de los militantes de base como garantía democrática, sin que se objetara la necesidad de instancias ejecutivas.

Respecto a la discusión de cargos ejecutivos, se debatió la existencia o desaparición de los cargos de Presidente del Consejo Nacional y de Secretario General del partido, en términos de si obstaculizarían el desarrollo democrático del partido. A favor se argumentó que la existencia de éstos no mina la toma colectiva de las decisiones y que, en todo caso, son funcionales en tanto instancias de representación y concertación, siempre y cuando existan mecanismos estatutarios que limiten la concentración de poder (participación de las bases, rotación de cargos y delimitación de atribuciones). En contra, se dijo que su existencia minaría el desarrollo de la democracia partidaria, pues el fin es consolidar la dirección colectiva en todos los niveles y se confiaría la dirección al Comité Ejecutivo Nacional en su conjunto. Finalmente, el cargo de Presidente fue aceptado, sin embargo, la falta de delimitación en las atribuciones del presidente, o bien el exceso de poder que se le otorga, generarían más tarde las primeras crisis y reacomodos dentro del partido.

Se distingue un primer momento en la correlación de fuerzas en los inicios del PRD. Surgen dos grandes tendencias ideológicas: la de izquierda (con el predominio de los expemesistas) y la expriísta (encabezada por Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas). Muy pronto, diversas fuerzas se aglutinaron en torno de la figura de Cárdenas, convirtiéndose así en una corriente hegemónica al interior del PRD.

En las discusiones previas a la elaboración de los documentos básicos del partido, se debatió la conveniencia de la consignación estatutaria del cargo de Presidente del partido para Cárdenas, con el fin de que la población identificara fácilmente quién era el líder del PRD; hubo quienes se opusieron a la propuesta argumentando que eso podría significar el comienzo del culto a la personalidad.<sup>1/</sup> Si bien, el primer punto no se llevó a cabo, Cárdenas finalmente fue elegido como presidente del partido (no se registraron más candidaturas), lo que derivó en el primer reagrupamiento significativo dentro del partido, pues la corriente (no formalizada) que se aglutinó en torno a Cárdenas hegemonizó una visión y un estilo muy particular de hacer y de entender la política. La estrategia de la "intransigencia democrática" enarboló la política del partido con respecto al gobierno durante el período en que Cárdenas fue líder y que fue apoyada por algunos comunistas y socialistas.

Esta actitud tiene que ver con una lectura errónea de lo que la concertación y el diálogo con el gobierno significan, ya que, desde la perspectiva de ciertos sectores de la izquierda mexicana, negociar con el gobierno es corromperse, o bien, caer en el juego de la cooptación. De alguna manera, la experiencia histórica de la izquierda así lo demuestra (recuérdese el caso de Vicente Lombardo), sin embargo, esa actitud se ha convertido en uno de los rasgos más representativos de la cultura política de la izquierda

---

<sup>1/</sup> Relatorías de la Mesas de Trabajo. Primera Reunión Nacional Preparatoria del Congreso constituyente.

y que persistieron en la formación y definición del PRD.<sup>2/</sup>

¿Cómo explicarse la hegemonía de los expriistas? La respuesta puede encontrarse en el reconocimiento implícito que se hace al interior del PRD de la capacidad que éstos pueden tener en el manejo a corto y mediano plazo de los proyectos políticos, es decir, el hecho de que vinieran del partido en el poder y que muchos de ellos hubieran ocupado cargos en el gobierno les facilitaba el manejo pragmático en momentos coyunturales y, por otro lado, son personalidades invulnerables a las trampas del poder.

El factor Cárdenas fue definitivo en la articulación de fuerzas, pues erigido como un líder nacional que va más allá del partido, logró conjuntar fuerzas nacionales con ideologías y estrategias diferentes y a veces hasta opuestas entre sí. Empero, Cárdenas no siempre fue un factor aglutinante, pues la composición del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) durante su liderazgo en el PRD, fue motivo de rupturas importantes en su interior. La renuncia de Jorge Alcocer, miembro del desaparecido PMS y crítico de la línea impuesta por el grupo hegemónico, pusieron la cuestión de los mecanismos de selección internos en el centro del debate público. Si bien es cierto que los estatutos otorgaban al presidente del partido la facultad de nombrar a los integrantes del CEN,<sup>3/</sup> el planteamiento resultaba autoritario, pues se le imponía al conjunto, una directiva producto de una decisión personal, que en el caso del PRD se tradujo en conflictos debido a la heterogeneidad de su composición, al quedar sin representación muchos grupos. Socialistas, comunistas y políticos de profesión, que fundaron el partido, quedaron fuera de la

---

<sup>2/</sup> Arnoldo Martínez Verdugo, exlíder del desaparecido PCM, declaró en una entrevista que el PRD "no puede hacer concesiones en la lucha por la democracia. Tiene que ser intransigente. No puede remitirse a los vicios de la política mexicana como la llamada negociación y el llamado diálogo. Estos son instrumentos necesarios de la política, pero los han envilecido la gente del sistema y del poder." Proceso No. 741, 14 de enero de 1991, p. 6.

<sup>3/</sup> Artículo 42, fracción VII, la cual fue derogada en el II Congreso Nacional del PRD, celebrado del 15 al 18 de julio de 1993.



nueva dirigencia, en cambio, se dio entrada a personajes con poca o nula militancia perredista.<sup>4/</sup> Cárdenas convocó a personas allegadas a él y que no disientían en lo fundamental con su línea política. El problema de la composición de los órganos directivos era, si éstos debían ser lo suficientemente heterogéneos para que queden representados los grupos más importantes, o bien, si debían ser homogéneos, en el sentido de comulgar con una misma línea política para evitar contradicciones en el momento de tomar decisiones que afectaran al sistema político y a la nación.

La pluralidad dentro del PRD y su reconocimiento en los estatutos del partido puede ser una de sus grandes virtudes, pero también uno de los mayores obstáculos para la integración coherente de la estructura partidaria.

El papel que Cárdenas ha jugado en el PRD es, por tanto, ambivalente porque, por un lado, atrae fuerzas de lo más disímolas, pero por otro, es el principal factor de rupturas al interior. Una de las mayores contradicciones se da a partir de la red de lealtades y compromisos personales que se formaron a raíz de la candidatura a la presidencia, pues las fuerzas independientes que apoyaron a Cárdenas también exigieron su cuota de poder en las candidaturas internas a puestos de elección popular,<sup>5/</sup> lo que habla de la poca fuerza electoral del partido y por tanto, tiene que reforzar su propuesta ante el electorado a través de candidaturas de ciudadanos independientes, lo que también genera una contradicción en la composición de las fracciones parlamentarias.

---

<sup>4/</sup> Cárdenas nombró a tres expesetistas (Partido Socialista del Trabajo, después PFCRN) y los ubicó dentro de algunas de las carteras más importantes dentro de la dirigencia nacional: Pedro Etienne Llano (Srio. de acción electoral), Graco Ramírez G. (Relaciones interpartidarias) y Jesús Ortega (?).

<sup>5/</sup> En 1991, el PRD acepta la adhesión del Partido Renovador (PR), encabezado por el expriista Rodolfo González Guevara. Se incorpora como una corriente de opinión denominada Ala Renovadora, la cual exigió candidaturas para senadores y diputados, desbancando a militantes perredistas, tal fue el caso de la senaduría por el D.F., que se le ofreció a González Guevara, desbancando a los aspirantes originales, Marco Rascón Banda y Heberto Castillo.

Asimismo, las renunciias de José Woldenberg, P. Pascual Moncayo y Adolfo Sánchez Rebolledo, miembros del desaparecido PMS, se dieron principalmente por diferir de la línea cardenista que giraba en torno de impugnar la ilegitimidad del gobierno de Salinas y de la negativa a considerarlo como un interlocutor válido en la lucha democrática. Estos personajes reivindicaban la vía del diálogo para lograr la transición pacífica y gradual hacia la democracia. Por su parte, la denominada Corriente por la Reforma Democrática, encabezada por Pedro Peñaloza, ante la formalización de la candidatura de Cárdenas a la presidencia de la República (en 1992), criticó la dirección paralela que se había formado a la sombra del líder nacional, pues se ubicaba al margen de las estructuras legales del partido. Heberto Castillo, miembro de la Corriente por el Cambio Democrático, en la misma tónica de Peñaloza, pero dos años más tarde, hace referencia al Comité de Campaña de Cárdenas, compuesto por personalidades ajenas al PRD, como un poder de decisión paralelo que se superpone a los órganos de dirección del partido.

Nuevamente, las contradicciones en su constitución como sujeto político se ponen de manifiesto: el desdoblamiento del PRD entre movimiento e institución política hace más conflictivo su desarrollo, pues en el momento de apoyar la candidatura de Cárdenas se apuesta a la conjunción de fuerzas sociales "apartidistas", con la expectativa de impulsar el movimiento ciudadano, sin embargo, el partido queda relegado a segundo término al ubicarse como una fuerza más y que, además tiene que responder por los compromisos contraídos con las demás fuerzas, el ejemplo más claro, es la cesión del 50% de las candidaturas internas a puestos de elección popular, medida reglamentada en los artículos 94 y 95 de los estatutos del partido.

## **2.2. De los Grupos a las Corrientes**

El análisis de las corrientes internas es uno de los puntos más controvertidos para el estudio de la democracia intrapartidista, pues teóricamente, la existencia de corrientes representaría un elemento indispensable de la práctica democrática, ya que implica el reconocimiento de la pluralidad y la disidencia como una práctica sana, sin embargo, el análisis de caso nos lleva a ver las ventajas y desventajas de su existencia.

Se parte de la necesidad de que los partidos políticos reproduzcan en su interior las actitudes y prácticas propias del Estado de Derecho, es decir, que los comportamientos se guíen de acuerdo al marco legal establecido, y para que éste sea lo más democrático posible, es necesario que se reconozcan los derechos de sus miembros, que se garanticen una organización y procedimientos democráticos, así como medidas de control a los dirigentes y a las corrientes para evitar abusos de poder. Si los partidos son un signo positivo y necesario de la democracia del sistema político, "cualquier disminución en la democraticidad de los partidos se vuelve una disminución del nivel de democracia de las instituciones en las que ellos operan." (García Cárdenas: 1992, 209)

Para entender el papel de las corrientes perredistas es necesario contextualizar el momento en el que surgen y los reacomodos que tienen dependiendo de la coyuntura, pues como indica Gilly, "las corrientes no son preexistentes ni eternas. Pueden cambiar y modificarse sobre problemas y experiencias nuevas... Pero tampoco son indiferentes, inexistentes o fluidas: tienen sus experiencias formativas y sus concepciones sobre el partido y sobre el país. " (Gilly: 1990, 69)

En este trabajo se retomará la definición que Lucas Verdú hace de las corrientes, la elección tiene que ver con su realismo, pues no las sataniza ni las idealiza. Por corriente se entiende "la tendencia intrapartidista que intenta dominar los puestos claves del partido y establecer sus directrices programáticas y tácticas considerándose auténtica representación de todo el partido." (García Cárdenas: 1992, 220)

Lo que en un principio aparecía como los grupos del PRD (que desde su fundación se consideraron como corrientes) y que se identificaban por el nombre de la organización de la que provenían, a cuatro años del surgimiento del partido, se han reacomodado en corrientes formales que han diluido el origen de muchos de los integrantes, es decir, ya no son socialistas, ni expriístas, ni "mapaches", etc. Su identidad corresponde a un todo: son perredistas, pero con concepciones diferentes que se enfrentan en la pugna por la hegemonía al interior.

Los estatutos del PRD desde un principio reconocieron la existencia de corrientes. El Anteproyecto de estatutos (1989) indica en su artículo 6o. que:

Los miembros del partido tienen derecho a formar corrientes para impulsar sus puntos de vista. Las direcciones partidistas reconocerán la existencia de dichas corrientes y su libertad para actuar al interior y exterior del partido, siempre y cuando no rompan su unidad.

Las corrientes están obligadas a acatar las decisiones de la mayoría.

La formación de corrientes no implica tener derechos proporcionales en los cargos de dirección. Estos se obtienen individual y democráticamente.

Respecto a los derechos de las corrientes, el artículo 7o. mencionaba que:

Las corrientes al igual que las secciones, territoriales y de centro de trabajo, podrán establecer relaciones horizontales y designar representantes ante los órganos del partido.

Este artículo no quedó incorporado en la versión final de los documentos básicos.

La víspera de la celebración del II Congreso Nacional del PRD significó el realineamiento de fuerzas políticas. Ante la elección del presidente de partido, curiosamente se mantuvieron las dos grandes fuerzas iniciales, pues la cuarteta de aspirantes estuvo integrada, por un lado, por un expriísta, Porfirio Muñoz Ledo, y por otro, la izquierda se dispersó entre las candidaturas de Mario Saucedo, Heberto Castillo y Pablo Gómez.

Se perfiló la coalición Arcoiris, que sin ser una corriente formal, se configuró como mayoritaria y llevó a Muñoz Ledo a la presidencia nacional del partido, esta agrupación se compuso de exmiembros del PRI, del PCM y de la denominada izquierda "social". La Trisecta<sup>6/</sup> se colocó como segunda fuerza apoyando la candidatura de Mario Saucedo y que se ubicó en la Secretaría General, éste siempre estuvo más identificado con el ala radical del PRD (mantiene como bandera la intransigencia democrática). La Corriente por el Cambio Democrático o Hebertista apoyó a Heberto Castillo y se distingue por proponer el diálogo con el gobierno; se ubicó como tercera fuerza al interior del partido.

El momento de conformar un nuevo Comité Ejecutivo Nacional, llevó a los grupos a realinearse de acuerdo a las afinidades tácticas y estratégicas, pues la experiencia de las elecciones del 18 de agosto de 1991 obligó a una revisión profunda del desarrollo del partido; en ese momento, Cárdenas, todavía presidente del partido, declaró que la disminución del voto para la oposición perredista no se debía sólo a factores externos (fraude), sino que están las pugnas internas que el gobierno ha magnificado para desacreditar al partido, por otro lado, la falta de un contacto sistemático con la base del partido, así como la escasa presencia del partido entre organizaciones sociales, profesionistas, empresarios, etc.<sup>7/</sup> Aquí

---

<sup>6/</sup> Se llamó Trisecta porque fue la conjunción de tres organizaciones de izquierda radical, más tarde se unieron otros grupos y se denominó Plurisecta (ACNR, UL, OIR-LM, PRS, PPR y MRP). Finalmente, adoptaron el nombre de Coordinadora para la Democracia, sin embargo, es mejor conocida como la Trisecta.

<sup>7/</sup> *El Cotidiano*, No.44, nov-dic, UAM-A, p.16.

cabe hacer una distinción, porque mientras que la votación de 1988 fue fundamentalmente cardenista, en 1991, ese factor ya no pesó tanto, lo que habla de la diferencia entre el voto cardenista y el voto perredista, por tanto, lo que se presentaba como problema a superar era la transición del cardenismo al perredismo, es decir, que el partido se presentara al electorado como una alternativa real de gobierno.

Asimismo, este fenómeno es muy claro de una cultura política que le da poco peso a la renovación del Congreso, pues en todo caso, es la elección presidencial la que altera el horizonte de posibilidades dentro del imaginario colectivo y el poder legislativo sigue viéndose como algo alejado de la vida cotidiana. El PRD mismo sigue apostándole todo a la presidencia en lugar de ir conquistando el poder desde el Congreso, los municipios, las entidades federativas, etc.

Lo que otorga un sentido de pertenencia y una identidad a las corrientes perredistas es la idea de acabar con el Partido de Estado y una serie de pronunciamientos lo suficientemente laxos como para dar cabida a todas las tendencias ideológicas (Estado de derecho, erradicación de la corrupción, reorganización de las funciones del Estado a partir de una revisión profunda de la Constitución, distribución equitativa de la riqueza, etc.). Sin embargo, las deficiencias organizativas, las contradicciones estratégicas y programáticas (sobre todo en el plano económico) han dado lugar a que las corrientes ocupen un lugar preponderante al interior del partido en tanto que cada una cree poseer el impulso democrático genuino al interior.

### **2.3. Las Corrientes: entre la Tradición Autoritaria y la Intencionalidad Democrática**

Las reformas a los estatutos del PRD, aprobadas en el II Congreso Nacional, le dan mayor juego a las corrientes (arts. 15, 16, 17 y 18), pues tienen derecho a:

Art. 16. Fracc. II: Proponer políticas, programas y enmiendas a los documentos del partido a la consideración de los órganos de dirección y resolución del partido en todos los niveles.

Fracc. III: Proponer candidatos para integrar las instancias de representación y dirección del partido.

Fracc. IV: Proponer precandidatos a puestos de elección popular que postule el partido a todos los niveles.

Este cambio estatutario es significativo porque reconoce y reglamenta una realidad dentro del PRD: la lucha por el poder. Más allá de adjetivar esta norma como democrática o autoritaria en sí misma, se puede decir que es correcta en tanto responde a una necesidad real. Sin embargo, al presentarse esta reforma en la coyuntura de la campaña presidencial y, por tanto, de selección de candidaturas internas a puestos de elección popular, la lucha por el poder estaría en su momento más álgido, pues las corrientes ocuparían la mayor parte de las fórmulas, dejando pocas posibilidades para los militantes que no se aglutinan en ninguna de las corrientes, lo que entra en contradicción con el espíritu democrático de su reconocimiento legal.

En diciembre de 1993, el PRD emitió la convocatoria a elecciones internas de candidatos a legisladores federales de acuerdo con el artículo 97, fracc. I, II, III, IV y V de los estatutos del PRD, un mes después de que las cuatro corrientes acordaran evitar confrontaciones estériles durante el proceso de selección y someter las candidaturas al voto de los militantes y afiliados, sin embargo, la falta de un padrón confiable a nivel nacional desembocó en un acuerdo entre las corrientes de cancelar las elecciones internas.<sup>8/</sup> Se

---

<sup>8/</sup> La Jornada, 7 de marzo de 1994. V Pleno del Consejo Nacional del PRD.

acordó elegir por consenso a los candidatos, lo cual es una práctica no reglamentada en el PRD y, por lo tanto, antidemocrática.<sup>9/</sup>

Raúl Álvarez Garín, encargado de la Comisión de Candidaturas del partido, entregó su renuncia argumentando que no compartía "el criterio de reparto de cuotas de poder y equilibrios de las llamadas fuerzas internas del partidos... Se impusieron de nueva cuenta los criterios de las corrientes por encima de los intereses generales del partido, de sus órganos legales, de sus estructuras dirigentes, así como del país mismo."<sup>10/</sup> Esto es exacto, porque marca una contradicción muy grave: mientras el PRD exige un padrón confiable para las elecciones federales, él mismo no lo tiene para la celebración de sus elecciones internas. Una salida pudo haber sido, abrir las elecciones a la ciudadanía, sin embargo, se optó por la negociación entre los grupos. El despotismo de las corrientes originó severas críticas y cuestionamientos por parte de los militantes independientes y aún, de las corrientes minoritarias.

Es cierto que las corrientes perredistas surgieron en parte como contrapeso y crítica de los posibles abusos de poder, pero su comportamiento presenta rasgos sumamente autoritarios cuando de reparto de poder se trata, por tanto, las corrientes más que asumirse como tendencias ideológicas o de opinión, se asumen como facciones, en el sentido en que Sartori las define, es decir, como grupos específicos de poder.

Sin embargo, no se puede ser tan categórico en el análisis de las corrientes perredistas, no basta decir son autoritarias o democráticas, pues se pecaría de simplismo. Lo que corresponde, en todo caso, es marcar las ventajas y las desventajas de las corrientes al interior del PRD, aclarando de antemano que de este diagnóstico no se puede derivar ningún tipo de norma universal.

---

<sup>9/</sup> El Nacional, 18 de marzo de 1994. VI Pleno del Consejo Nacional del PRD.

<sup>10/</sup> La Jornada, 21 de abril de 1994.



El carácter coyuntural y transitorio de las corrientes perredistas tiende a dividir al partido más que a integrarlo, sobre todo cuando éstas hacen uso de los medios masivos de comunicación (especialmente la prensa) para difundir sus ideas, pues desorientan a la opinión pública y dan la imagen de un partido desarticulado, lo que genera efectos negativos irreversibles en el electorado y en el sistema político en su conjunto. En este sentido, tampoco es sano para el PRD por que el gobierno aprovecha esa situación para descalificarlos. principalmente a través del radio y la televisión.

Cabe aclarar que este análisis es válido sólo para el caso del PRD en el Distrito Federal, pues cada entidad federativa presenta sus particularidades, basta mencionar el caso del PRD oaxaqueño, en el que la Coalición Obrero Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI) se integró a la estructura partidaria, pero con un poder de decisión y de influencia mayor que el de cualquier corriente.

Por otro lado, es innegable que el PRD rompió con la tendencia monolítica de los partidos políticos en México, pues la vitalidad que las corrientes le imprimen al partido, hace que éste sea más representativo por ser más plural. Además, el debate al interior de las diferentes tendencias favorece y estimula el funcionamiento democrático del partido en tanto que garantizan la plena libertad de expresión; asimismo, las corrientes, se han convertido en referentes críticos indispensables en la definición estratégica del partido, así como de la propia organización partidaria y del papel de las corrientes en el avance democrático de ese instituto, lo que lo convierte en un partido receptivo, autocrítico y con capacidad de modificar ciertas prácticas antidemocráticas.

Otro factor a favor de la democracia en el PRD es la práctica de afiliación individual, lo que lo define como un partido de ciudadanos, abierto a recibir todo tipo de contribuciones; cierto es que su contacto con la base no ha sido continuo ni tan directo como se quisiera, pero en casi seis años de existencia ha

logrado lo que otros partidos con mayor trayectoria histórica no han hecho: activar a amplios sectores de la ciudadanía, sobre todo estudiantes, académicos, organizaciones urbano-populares y de trabajadores, en la defensa de intereses nacionales (revisión del TLC, pacificación en Chiapas, etc.) y reivindicar las demandas de aquellos sectores que no tienen canales directos de participación política.

## **CAPITULO III**

### **LA ESTRATEGIA DEMOCRATICA**

#### **3.1. El Partido frente a la Transición a la Democracia**

El perfil ideológico del PRD se puede analizar a partir de la definición que él mismo hace acerca del papel del Estado en la economía, la política y la sociedad, y que, asimismo se engloba dentro de una percepción más amplia, sobre la que gira su propuesta de nación y a partir de la cual se deriva la opción por una determinada estrategia política, esto es, la necesidad de instaurar un régimen político de representación que sienta la base de la transición a la democracia.

La particular lectura del PRD sobre la coyuntura electoral de 1988 fue determinante en las definiciones programáticas y tácticas que el partido siguió en los primeros cinco años de su existencia. El voto cardenista fue interpretado como de rechazo al autoritarismo fundado en un partido dominante (PRI) apoderado de los mecanismos del Estado y en la excesiva concentración de poder del Ejecutivo. Desde esta perspectiva, la vía democrática fue clausurada al "burlar la voluntad popular" en las urnas a través de los abusos del poder (parcialidad de los órganos electorales), violando el contenido de la Constitución y minando el desarrollo de la República, por tanto, la restauración de la legalidad se volvió el punto de partida en la definición del programa político y el referente inmediato en la conducción del partido frente al gobierno, ... "las ideas complementarias de golpe de Estado técnico (efectuado mediante técnicas del fraude electoral), defensa del voto, legitimidad e ilegitimidad, legalidad republicana y restauración de la República son uno de los pilares fundadores del PRD, de su programa y de su política... Algunos pueden llamar a esto rigidez o intransigencia. Nosotros preferimos llamarlo, sencillamente, coherencia entre las

palabras y los hechos." (Gilly: 1990, 64).

De ahí que, el planteamiento acerca de la democratización del Estado mexicano, tenga como fundamento el respeto al sufragio, pues es a partir del voto como se organiza y legitima el poder del Estado, pues constituye un "elemento básico del ejercicio de la soberanía popular, establecida en la Constitución." (Programa de Acción: 1990, 7). En este sentido, la lucha del partido tiene como objetivo principal, lograr la transparencia en los resultados electorales y la limpieza durante el proceso electoral, por lo que la demanda de una reforma electoral de fondo se volvió central, pues la legislación electoral vigente al otorgar "el control del poder público sobre todos los niveles de la legislación electoral impide la libre manifestación de la sociedad y pone los mayores obstáculos para la integración de gobiernos legítimos y para la formación de organismos representativos del Estado, Cámaras y Ayuntamientos resultado de la decisión popular" (Programa de Acción: 1990, 8). Por tanto, la propuesta de reforma electoral se enmarca dentro de la reforma democrática del Estado en tanto que implica la transferencia del poder hacia los ciudadanos, no sólo por el derecho de éstos a elegir libremente a sus gobernantes, sino por el otorgamiento del control de los procesos electorales, con el fin de integrar organismos imparciales para la calificación de los comicios.

La consecuencia directa de esta percepción es que ha limitado el proceso de transición democrática al ámbito electoral. La apuesta a la eficacia del voto como instrumento de cambio político se pone en entredicho cuando en las elecciones legislativas de 1991, el PRI obtuvo ventaja respecto del PAN y del PRD, por lo que, la expectativa sobre la transformación del régimen vía el voto ciudadano se frustra cuando éste favorece al partido en el poder, sobre todo porque el PRD parte del supuesto de que el fraude electoral le arrebató el triunfo, por tanto, si las elecciones fueran limpias, el PRD asumiría automáticamente el poder y entonces iniciaría la transición a la democracia: "El gobierno que dimanará

de nuestro triunfo electoral iniciará la transición a la democracia por que se propondrá un cambio en las relaciones entre el Estado y la sociedad. La transición no se derivará macánicamente de la victoria en las urnas. Vendrá, por un lado, de la vitalidad del movimiento popular que hizo posible nuestro triunfo y, del otro lado, los cambios que propiciaremos desde el gobierno. Ambos procesos permitirán cambiar hábitos, culturas y prácticas." (Plataforma Electoral: 1994, 19).

La concreción del objetivo democratizador está representado por el ascenso al poder vía la presidencia de la República, de ahí que sus energías se aboquen a forzar la transición a partir de las elecciones federales ante el supuesto de que ésta tiene como requisito desbancar al PRI del poder.

La estrategia del PRD en sus primeros años estuvo determinada por la impugnación de los procesos electorales y la denuncia a la ilegitimidad del gobierno de Salinas y a la alianza "cómplice" entre el PAN y el PRI-Gobierno, lo que derivó en la cancelación de una vía de interlocución entre las principales fuerzas políticas, situación de la que son corresponsables tanto el PRI-gobierno como el PAN.

La bandera de la intransigencia ha tenido un elevado costo para al PRD, no sólo en términos electorales, sino políticos. El proceso de democratización se situó en un juego de suma cero, es decir, un estado en el que las fuerzas políticas se empantanaron al no ceder en sus posiciones.

Han sido los escenarios electorales los que han situado a los actores en un juego político de suma negativa; el problema electoral ha adquirido dimensiones antes insospechadas: por primera vez, el PRI deja de tener la certidumbre sobre su triunfo en las urnas, por lo que, ciertamente, la legislación electoral mantiene el control del gobierno en los órganos encargados de llevar a cabo los comicios. Las soluciones extralegales a conflictos poselectorales se convirtieron en la vía más eficaz para controlar la crisis

institucional porque, por un lado, el PRD contendía electoralmente pero denunciando de antemano las irregularidades del proceso, las cuales no podía demostrar legalmente, haciéndole perder convocatoria ante el electorado; por otro lado, el PRI reclamaba triunfos electorales que, a pesar de ser ciertos, perdían credibilidad al ir acompañados de irregularidades. El escenario electoral se tornó cada vez más conflictivo, pues las autoridades elegidas no podían asumir el poder en medio de impugnaciones a su legitimidad <sup>1/</sup>, por lo que uno de los paliativos a la crisis política, que no soluciones políticas a ésta, fueron los interinatos. Otras soluciones, como la conformación de un gobierno plural, fueron desechadas por la oposición debido su compromiso con la base: ésta se sentiría traicionada y cabría siempre la sospecha de que los dirigentes fueron cooptados. Asimismo, el rechazo del PRI a este tipo de soluciones es evidente, ya que no está dispuesto a compartir el poder con ningún otro partido.

El proceso electoral ha resultado así en un círculo vicioso: fraude (el cual se da desde el proceso preelectoral) = imposición (el proceso se impugna, pero como no se puede demostrar legalmente, el gobierno mantiene una postura de intransigencia) = resistencia (impedir el ejercicio del poder por parte de la oposición) = interinato (ante la incapacidad de un acuerdo entre las fuerzas, o bien la resistencia del gobierno a celebrar nuevas elecciones por el temor a perder, se opta por la remoción). Y nadie gana: el gobierno y el PRI pierden legitimidad, ya que las remociones dependen de la decisión presidencial, y el PRD pierde en imagen pública en tanto no consiga demostrar el triunfo de sus candidatos y es colocado ante la opinión pública como oposición intolerante.<sup>2/</sup>

---

<sup>1/</sup> Véanse los casos de San Luis Potosí, Michoacán y Guanajuato.

<sup>2/</sup> Cfr. Luis Carlos Ugalde. "Michoacán. Juegos de suma cero." en Cuadernos de Nexos, No. 53, Nexos, No. 179, nov. de 1992.

La experiencia del autoritarismo provocó una actitud de profunda desconfianza hacia las instituciones y que, en el caso del PRD acentuó el rasgo de denuncia, perdiendo iniciativa en propuestas que contribuyeran a trasladar el conflicto hacia la zona productiva de la política, es decir, a un juego de suma positiva.

Lo anterior ha representado una paradoja en el desarrollo del PRD, pues desconfía de una institucionalidad de la cual él forma parte y, sin embargo, su misma condición institucional le impide dejar de participar electoralmente porque iría en contra del motivo que le da origen: luchar por el poder político. Dejar de participar, pero seguir denunciando, lo coloca en el nivel de movimiento y "negociar con el gobierno antes de cada elección las circunstancias concretas de participación en ella", desde la óptica del PRD, corre el riesgo de reproducir la relación PAN-PRI-Gobierno.

La concepción del PRD acerca del proceso de transición a la democracia se funda en una idea de la democracia como procedimiento, es decir, en términos de transparentar las reglas del juego político, aunque también incorpora la idea de ampliar los espacios de participación ciudadana, esto no resulta ser lo central de su postura frente a la transición, pues finalmente la reivindicación de la ciudadanía por parte del PRD se basa en el derecho que tienen los ciudadanos de elegir libremente a sus gobernantes.

### **3.2. De la Confrontación a la Negociación**

La génesis del PRD en tanto sujeto político nos sitúa en los términos de su propia concepción de la política, esto con el fin de comprender la opción por determinada estrategia y su impacto en el sistema político, sobre todo si convenimos en que las orientaciones para la acción repercuten directamente en la acción misma. Para tal efecto se entenderá a la política como una dualidad, es decir, en el sentido positivo

o constructivo del conflicto (búsqueda de consensos que se orienta hacia la construcción intersubjetiva de cierto orden político), o bien, en el sentido destructivo o negativo de éste, en donde la confrontación se polariza a tal grado que hace irreductible el conflicto político: o ellos o nosotros. Ambas proposiciones se excluyen mutuamente, pues corresponden a enfoques distintos (de filosofía política -deber ser- y de ciencia política -ser- respectivamente), sin embargo, aquí se tratarán, no desde sus orígenes teóricos, sino desde la permeabilidad que ambas percepciones han tenido en el conjunto de los actores involucrados en el desenvolvimiento del sistema político mexicano.

El PRD, en una primera etapa, asumió una postura sui-géneris frente a este problema. En un sentido retórico no niega la importancia del diálogo, pero en su praxis política maneja una actitud de confrontación, que tiene su fundamento en la desconfianza a que esa práctica constructiva de la política, sea utilizada por el gobierno sólo con el fin de legitimarse y simular la apertura democrática. En uno de los puntos definitorios del perfil del PRD, Adolfo Gilly dice que el "diálogo, como cualquier otra palabra de la política, sólo adquiere sentido en el contexto en el que se le pronuncia. Ningún político sensato está en principio contra el diálogo entre fuerzas diferentes y aun antagónicas. Todo depende de cuándo, cómo y para qué" (Gilly: 1990,66). El PRD siempre propuso el diálogo público con el gobierno, pero éste se negó, por un lado, porque siempre apostó a la desactivación del cardenismo y al desgaste del perredismo (en cada participación electoral) y por otro, el gobierno salinista siempre despreció la vía de los acuerdos con otras fuerzas para transitar firmemente a la democracia, por lo que los ritmos y los tiempos de la reforma política siempre fueron impuestos desde el gobierno, acorralando al PRD y haciéndolo pasar por un partido radical.

Por su parte, el PRD, o al menos un sector importante, optó por la estrategia de la intransigencia democrática, entre otras cosas, como un modo de diferenciarse del PAN, pues seguir la línea del



gradualismo, "sería contrario al interés del movimiento democrático y de la esperanza que millones de ciudadanos han puesto en el partido... buscar lo que el PAN ha logrado en su maridaje y en su relación cómplice con este gobierno (el de Salinas), que lo ha llevado a ser la segunda fuerza política" (a partir de las elecciones federales de 1994), negaría el avance de la democracia. Por otra parte, la línea de la intransigencia, le "ha permitido (al PRD) tener una autoridad moral que no tienen el PAN ni otras fuerzas políticas"<sup>3/</sup>. En este sentido, la estrategia elegida guarda más relación con el ámbito moral, que no ético, que con el ámbito del realismo político o de racionalidad política -no en términos de costos-beneficios, sino de la conjugación entre lo necesario y lo posible-, es decir, se privilegia el aval moral de la sociedad, pero se deja de lado la relación política, o estratégica si se quiere, con el gobierno y con otros partidos. Las contradicciones del PRD se dan en el terreno de lo moral, no de lo político, como él lo asume, pues en el fondo no se dialoga con otras fuerzas, no tanto por la divergencia de proyectos, programas y estrategias, sino por lo que esas fuerzas representan moralmente para él. Un manejo ético de la política tiene que ver, en efecto, con la honestidad como principio básico, pero fundamentalmente con la responsabilidad en tanto que sus acciones o sus no acciones repercuten en un todo más general, es decir, en la vida sociocultural e institucional.

Un dato muy claro de esta contradicción se da a partir de las negociaciones sobre la reforma electoral en marzo de 1994, entre el PAN, PRD, PRI y gobierno. La reforma electoral se dio en el contexto del conflicto chiapaneco, el cual influyó en la determinación del gobierno de dar respuesta a la demanda del PRD para aminorar la crisis política que la insurrección zapatista generó, y muy probablemente, la magnitud del conflicto y la identificación de las demandas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con las del PRD polarizaron las posiciones dentro de ese instituto. Por un lado, Cárdenas, como candidato presidencial, se metió de lleno y con "ventaja" en las repercusiones del conflicto chiapaneco

---

<sup>3/</sup> Entrevista con Mario Saucedo, Secretario General del PRD, en Proceso, No. 931, 5 de septiembre de 1994.

al manejar un sentido de continuidad y congruencia de lo que ha venido denunciando y exigiendo el PRD, por lo que manifestó su inconformidad con el grado de avance de la reforma, negociada por Porfirio Muñoz Ledo.

Este, por su parte, defendió el avance de los acuerdos que, aunque insuficientes, representaban un logro de las fuerzas democráticas. Las impugnaciones de Cárdenas pueden calificarse como válidas <sup>4/</sup> desde su lógica como candidato, pues avalar una reforma incompleta le restaba posibilidades de denunciar el fraude y perdería "autoridad moral" frente a la ciudadanía, pero desde una perspectiva estrictamente política, Muñoz Ledo actuó con responsabilidad, porque de no haber negociado, las consecuencias para el país hubieran sido más graves, finalmente ese primer paso dejó la puerta abierta para la realización de una reforma electoral de fondo y definitiva.

Ante los resultados electorales de 1994, en los que el PRD se colocó como tercera fuerza política a nivel nacional, resurgió la línea de la negociación que, en palabras de Pablo Gómez, Presidente del Consejo Nacional, se refiere "no a las negociaciones por puestos o las llamadas concertaciones... sino a negociar reformas, que aunque no sean la aplicación completa de nuestro programa, sí puedan ser reformas que mejoren la vida democrática del país."<sup>5/</sup> Este hecho marca una segunda etapa en la vida del partido, si bien las posiciones de antaño se mantuvieron, la correlación de fuerzas cambió: el consenso se inclinó hacia la estrategia del diálogo, quedando los "sectores duros" en minoría.

---

<sup>4/</sup> La auditoría que se acordó no corregía anomalías en el padrón electoral, por lo que no era confiable; no se garantizaba la absoluta independencia del gobierno frente a los órganos electorales, la selección de los magistrados del Tribunal Federal Electoral (TRIFE) se designarían por el Ejecutivo, no se eliminaba el apartado referente al establecimiento de alianzas electorales entre los partidos. Lo positivo de la reforma fue que eliminó la cláusula de gobernabilidad en el Congreso.

<sup>5/</sup> Entrevista con Pablo Gómez, Presidente del Consejo Nacional del PRD, en Proceso, No. 931, 5 de septiembre de 1994.

El PRD redefinió su estrategia política frente al nuevo gobierno que encabeza Ernesto Zedillo, la cual se funda en la propuesta de la conformación de una mesa de negociaciones que sea la base de un pacto político nacional para transitar a la democracia. Esto representó un avance sustancial de la izquierda mexicana, pues al asumirse como parte de la historia, le da un sentido constructivo a la acción política, ya no espera a que las contradicciones del sistema se ahonden para que la historia le dé la razón y entonces llegar al poder. El PRD entendió, a través de un largo y conflictivo aprendizaje, que no hay gobiernos autoritarios que abran el camino a la democracia por visión histórica o por filantropía, sino que ésta se conquista haciendo política, es decir, a través de la capacidad (argumentativa) de generar consenso -en lo fundamental- y no división.

### **3.3. El PRD: Hacia una Nueva Cultura Política en el marco del Acuerdo Político Nacional**

El proceso de transición democrática en México plantea el establecimiento de un pacto institucional que amplíe los espacios de participación política y dé paso a un régimen de representación, pero el problema reside en cómo lograr cierta unidad político-institucional cuando las instituciones democráticas, por un lado, no responden a la creciente complejidad social, y por otro lado, sufren un profundo desgaste y generan desconfianza entre la sociedad, es decir, ¿Cómo disminuir la distancia simbólica entre las instituciones y las experiencias cotidianas y expectativas sociales?

La alusión a la cultura política es fundamental para comprender la dirección y los alcances de nuestra transición, particularmente, interesa saber hasta qué punto son incorporados los referentes democráticos en las orientaciones colectivas respecto de la situación política nacional, pues en la construcción democrática, los factores subjetivos o culturales juegan un papel determinante para conducirla hacia un rumbo o hacia otro. La institucionalidad en la que se ha fundado el "régimen de Partido de Estado"

guarda relación directa, aunque no visible, con una cierta cultura política que se formó a partir de ella, pero que a su vez la determinó: "Las instituciones dependen de la cultura política, pero también la forman" (Lechner: 1988, 9). Por ello, es de suma importancia, analizar las interpretaciones que ofrecen los actores políticos y cómo se insertan en las configuraciones culturales de la sociedad.

Por lo pronto, sólo se manejarán hipótesis respecto del alcance que pueda tener en términos de la formación de una cultura política "democrática" el Acuerdo Político Nacional (APN) <sup>6/</sup>, enfatizando el papel del PRD en tanto productor de sentido.

El APN representa un hecho inédito en la historia de México, pues por primera vez, las fuerzas políticas pactan las condiciones para acceder a un régimen democrático, se acuerdan las prioridades y los tiempos, es decir, se agendan los problemas nacionales, a partir de un "registro común de la realidad" en un sentido implícito, pues aparece como un dato significativo el que, de las partes involucradas en el diálogo, el PRD haya sido el único que asumiera el discurso de la transición a la democracia al referirse al encuentro como "un impulso irreversible para la transición a la democracia o tal vez como el último empeño para salvarlo de la ingobernabilidad y de la abdicación frente a intereses ajenos."<sup>7/</sup> El hecho de que las otras fuerzas no aludieran al proceso de Transición puede ser sintomático de cierta predisposición simbólica frente a la realidad, pues no se reconoce el antecedente autoritario del régimen, sino sólo el mejoramiento de lo ya existente; se habla, por ejemplo, de "avance democrático" (Zedillo), "fortalecer

---

<sup>6/</sup> A casi dos meses de la toma de posesión de Ernesto Zedillo, los cuatro partidos más representativos a nivel nacional (PAN, PRD, PRI y PT), suscribieron el APN, con el objetivo de "arribar a un Estado de derecho pleno", que sienta las bases de una institucionalidad democrática, esto es, que profundice "las relaciones democráticas entre los poderes de la Unión y entre éstos y las órdenes del gobierno estatal y municipal, así como las relaciones entre las instituciones públicas, los partidos políticos y la sociedad civil." El APN enfatiza la reforma electoral como el aspecto más importante de la reforma política. *Compromisos para un Acuerdo Político Nacional*, en *La Jornada*, 18 de enero de 1995.

<sup>7/</sup> Palabras de Porfirio Muñoz Ledo durante la celebración del APN. *La Jornada*, 18 de enero de 1995.

nuestro régimen democrático" (PRI), "*democratización* del Estado y la sociedad" (PAN), "*necesidad* de democracia real" (PT).

La transición mexicana implica, en efecto, la ampliación y fortalecimiento de ciertos espacios institucionales, de representación y concertación (partidos políticos, Congreso, etc.), pero también requiere de la creación de espacios no existentes (un ejemplo puede ser la institución del referéndum o el plebiscito como un modo de participación ciudadana en las decisiones del poder público, o bien, la creación de un "cuarto poder", que se refiere a la instauración de un organismo electoral independiente). En este sentido, nos situamos frente a una delimitación obligada entre lo político y lo no político, pues se tiene que dar un sentido más claro a la participación ciudadana y no reducirla al ámbito electoral. Porque se corre el riesgo de que la democracia genere expectativas que vayan más allá de la capacidad de respuesta de las instituciones establecidas, pues los partidos pueden provocar que la ciudadanía se sienta más dispuesta a participar, pero quizá no puedan acotar la distancia o la sensación de lejanía entre los ciudadanos y la trama institucional donde se toman las decisiones trascendentales en la conducción del país.

De ahí, que la nueva conformación institucional se desenvuelva en el terreno de las culturas políticas, es decir, el reto de la construcción democrática tiene que ver con lograr cierta sincronía entre las expectativas sociales que ésta genera y la posibilidad de una institucionalidad acorde a la creciente complejidad en tanto diversidad sociocultural.

El concepto de "transversalidad cultural del subsistema de partidos", propuesto por Oscar Landi, es de gran ayuda para entender la parte sociocultural del proceso de transición, pues se refiere a la capacidad discursiva de los partidos políticos para entrecruzarse con las culturas políticas previas y con el sentido

común para configurar una red temática (construir determinados hechos como problemas de la sociedad) y compartir una reordenación temporal sobre ciertos temas de la democracia. Sin embargo, es importante reconocer que ésto choca con la dificultad de los partidos políticos de cristalizar identidades políticas sólidas, lo que no se contrapone con el hecho de que puedan socializar cierta concepción política que parta de una idea plural de la sociedad, que asimismo, despliegue identidades diferenciadas que vayan más allá de los partidos.

En este sentido, el papel cultural de los partidos es limitado, sobre todo si se parte de la idea de que ellos no pueden detentar el monopolio de la representación, sin embargo, su responsabilidad en el proceso de transición radica en la capacidad que tengan de establecer puentes de comunicación con la ciudadanía a fin de acotar la distancia entre la vida institucional y las experiencias cotidianas. La unificación, que no la imposición, de una gramática política que incorpore las nociones democráticas básicas para el entendimiento de una realidad común, sin que por ello excluya la pluralidad de concepciones que sobre la democracia se tienen, desde un particular punto de vista, es una tarea urgente de los partidos en la transición, más aún cuando el cerco informativo es todavía fuerte y representa uno de los mayores obstáculos para la formación de una ciudadanía más participativa.

## CONCLUSIONES

Las perspectivas del PRD en el actual proceso de transición se pueden sintetizar en tres grandes escenarios posibles, los cuales dependen del tipo de estrategia que predomine al interior del partido (intransigencia o diálogo), así como de la recepción y aceptación que ésta tenga en los demás actores involucrados en dicho proceso. Un análisis prospectivo más completo tendría que tomar en cuenta la genealogía de cada uno de los actores para proyectar el rumbo que tomarían en uno u otro caso, incluso para proponer más escenarios, pues su planteamiento desde la óptica de cada uno de los actores tendría resultados completamente diferentes. Sin embargo, por corresponder a los objetivos del presente trabajo, se pondrá el acento en el proceso de interacción a partir del cual se dan modificaciones en el terreno de la subjetividad de los actores, por tanto, se atenderá a las iniciativas del PRD y a la posible receptividad de los principales actores políticos. En este sentido, los escenarios hacen referencia únicamente a su actuación dentro del sistema político.

El primer escenario posible se centra en las alianzas estratégicas entre el PRD y el PAN en el mediano y el largo plazo, teniendo como referente el Acuerdo Político Nacional y la opción de la estrategia del diálogo por parte del PRD. Esto no niega que el PRD continuara en su esfuerzo por impulsar acuerdos con el gobierno y con el PRI, pero un avance sustancial en la democratización sería conjuntar fuerzas con el PAN para restarle poder al PRI en coyunturas electorales, así como en el Congreso. La posibilidad de este escenario tendría como condiciones básicas, la fundación de un pacto de confianza entre ambas fuerzas, pues los enconos verbales y las acusaciones mutuas han determinado un antagonismo irreductible (la pugna entre Diego Fernández de Cevallos y Porfirio Muñoz Ledo es muy representativa de esto) así como el acuerdo de una estrategia común, que deje a un lado las diferencias programáticas, para impulsar un objetivo compartido: la democratización del régimen fundado en la instauración de un Estado de

Derecho pleno. La receptividad del PAN respecto a una alianza con el PRD podría ser positiva si el PRD mantiene la línea del diálogo, ya que si éste declinara, AN no arriesgaría su relación con el gobierno al aliarse con un partido intransigente que le restaría en términos de imagen ante la opinión pública, de convocatoria ante el electorado, así como de conquista de parcelas de poder. Antes bien, si el PRD continúa con la estrategia del diálogo, la alianza se haría entre fuerzas con iguales posiciones de poder respecto del gobierno y de sí mismas.

Las alianzas electorales en el mediano plazo no parecen muy factibles, pues en los próximos comicios estatales (Yucatán, Jalisco y Guanajuato) AN tiene una presencia superior a la del PRD, por lo que una alianza no le resulta atractiva. Lo mismo sucede en entidades donde el perredismo se ha arraigado y el panismo tiene poca fuerza. Este escenario resultaría deseable, en el largo plazo, es decir, en las elecciones presidenciales del 2000-2006, sin embargo, su posible desenlace resulta completamente impredecible. Cabe aclarar que esta prospectiva se funda en la idea de que si el PAN negocia solo con el gobierno, ignorando al PRD (como lo hizo durante el sexenio de Salinas) el avance democrático será siempre incompleto y relativo, lo cual ha quedado más que demostrado; lo mismo sucedería si el PRD mantuviera el diálogo con el gobierno, sin tomar en cuenta al PAN. Por ello, la alianza entre el PAN y el PRD, sin romper los canales de concertación con el gobierno, sería en términos ideales lo que posibilitaría una transición gradual, pacífica y, muy probablemente, certera hacia la democracia.

El segundo escenario parte de la posibilidad de que el PRI se mantenga como punto de equilibrio entre las tres fuerzas, es decir, que le dé juego al PRD, tal y como lo ha venido haciendo con el PAN; que el PRD empiece a abarcar mayores parcelas de poder y con eso se aparente que se va accediendo a un régimen más democrático. Este escenario parte del hecho de que al PRI no le conviene una alianza estratégica entre AN y el PRD, por lo que preferirá cederle mayores espacios de poder al PRD,



manteniendo el juego con el PAN y que, asimismo, se opere bajo la premisa de que si se reconocen ciertos triunfos a la oposición, entonces ya se está en el camino de la transición democrática. Nada más falso como esto, pues más bien nos encontraríamos en la vía hacia la conformación de un sistema tripartidista, que en todo caso, representa una condición importante de la democratización del sistema político, pero insuficiente en tanto no se dé la reforma total del Estado (autonomía entre los poderes, acotar constitucionalmente las atribuciones del poder Ejecutivo, separación entre el PRI y el gobierno, ciudadanización de los órganos electorales, etc.).

El tercer escenario se plantea a partir del grado de divisionismo en el PRD, respecto de la estrategia que se está siguiendo; pues la balanza puede inclinarse hacia la ruptura del diálogo. Este escenario difícilmente puede situar el proceso de transición en los términos deseables, pues el impacto de la estrategia de la intransigencia en el conjunto del sistema político tendría consecuencias sumamente negativas. De hecho, el repliegue de cualquiera de las fuerzas minaría la construcción democrática, sin embargo, este escenario tiene que pensarse desde el PRD, por ser el que se encuentra en la disyuntiva de continuar el diálogo bajo condiciones bien precisas y presionar al gobierno en el cumplimiento de los compromisos asumidos o regresar a posiciones de confrontación e invalidar el APN y todo tipo de acuerdos ante la falta de voluntad gubernamental de solucionar los conflictos poselectorales recientes (Tabasco, Chiapas y Veracruz). En este sentido, difícilmente AN, el PRI o el PT se retirarían del diálogo, pues AN y el PT no se encuentran involucrados directamente y aunque el PRI sí lo está, su retiro implicaría un factor más de deslegitimación.

La responsabilidad histórica del PRD en la transición es innegable, sin embargo, se tiene que tomar en cuenta que sus definiciones estratégicas dependen en buena medida del comportamiento de los demás actores, si bien es cierto que el paso que dé, afectará de modo irreversible la edificación de la

democracia, éste debe entenderse a partir de sus condicionantes externos, por ello no cabe más que esperar que la concepción constructiva de la política se imponga sobre aquella que busca el todo o nada, que además de ser poco realista políticamente, no así en términos beligerantes, ha demostrado su fracaso e inviabilidad en la instauración plena de un sistema democrático.

Por otro lado, el PRD tiene que superar una serie de retos tanto en su desenvolvimiento interno como externo, éstos se tienen que ver con el fortalecimiento de su vida democrática y su impacto en el tejido institucional en su conjunto, entre los que destacan:

- 1) Delimitar estatutariamente las atribuciones de las corrientes internas, a fin de corregir los excesos en los que han incurrido.
- 2) Impulsar un principio de representatividad en la conformación del CEN perredista que se funde en la elección directa de los militantes y afiliados, con el objeto de legitimar las decisiones y garantizar la representación de las minorías.
- 3) Mejorar su contacto con la base y abrir canales directos de participación ciudadana, así como ampliar espacios para las opciones individuales.
- 4) Descentralizar la toma de decisiones y darle mayor juego a las dirigencias estatales, con el fin de afianzar su organización territorial.
- 5) Garantizar la movilidad permanente de los grupos dirigentes a través de mecanismos previamente establecidos para evitar las listas cerradas y las negociaciones entre corrientes (la reciente reestructuración del CEN -enero de 1995- refleja la incapacidad de operar bajo criterios de selección democráticos, imperando los arreglos cupulares con las corrientes).
- 6) Evitar la compatibilidad de dos o más cargos (ya sea dentro del partido como del Estado), con el objeto de dar mayor oportunidad a todos los miembros del partido.

- 7) Difundir principios y valores democráticos, tanto al interior como al exterior, para influir en la conformación de una cultura política participativa e incluyente.

Respecto a los retos que se le presentan para fortalecer la vida democrática del país y asimismo consolidarse como un partido competitivo y representativo de amplios sectores sociales, se resaltan:

- 1) La construcción de una oferta política alternativa que responda a las expectativas de la ciudadanía a través de un diagnóstico realista de la situación política, económica y social para brindarle al electorado mayor certidumbre en caso de que llegue al poder. por otro lado, superar el reto de fomentar una nueva sensibilidad colectiva acerca de lo políticamente posible, reduciría la distancia entre los programas políticos y las experiencias cotidianas de la gente.
- 2) Lo anterior se relaciona con la capacidad de elaborar discursos lo suficientemente diferenciados que interpelen a diversos sectores sociales. El reto es dirigirse a aquellos sectores que presentan mayor resistencia al cambio.
- 3) Debe definir con mayor claridad su identidad partidaria, esto es, resolver las contradicciones de su constitución y consolidar su fuerza en tanto institución, pero sin dejar de lado su contacto con el movimiento ciudadano.
- 4) El establecimiento de un pacto institucional entre las principales fuerzas políticas, le brinda la oportunidad de producir cierta continuidad temporal para insertarse con mayor éxito dentro del imaginario social, esto es, que no violente el horizonte de posibilidades de la sociedad (situación que se reflejó claramente en los resultados electorales de 1994). En este sentido, el cambio hacia una estrategia de diálogo reduce los márgenes de incertidumbre y perfilaría su acceso al poder de una manera menos conflictiva.

- 5) La unificación de criterios respecto de la línea política que debe seguir para avanzar en el proceso de transición es elemental en el fortalecimiento institucional del PRD, pues la división en un asunto fundamental, como es la definición estratégica, da cuenta más de sus propias contradicciones que de su carácter plural y democrático (cómo el propio partido lo asume). Por otro lado, este tipo de actitudes reflejan las dificultades de incorporar referentes democráticos en la cultura política de sectores significativos dentro del PRD, por lo que se corre el riesgo de que la actitud de intransigencia se convierta en hegemónica ante el menor asomo de fragilidad en el cumplimiento de los compromisos pactados, dando un salto atrás en los avances logrados.

## BIBLIOGRAFIA

- Ansart, P. (1988) "sociología del discurso político. Sociología de los conflictos." en *El discurso político*, UNAM, México.
- Althusser, L. (1974) "Ideología y aparatos ideológicos del Estado" en *La filosofía como arma de la revolución*, Pasado y Presente (4, cuadernos), México.
- Benveniste, E. (1991) *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI, México.
- Calderón Mólgora, M. A. (1994) *Violencia política y elecciones municipales*, El colegio de Michoacán/Instituto Mora, México.
- Cárdenas García, J.F. (1992) *Crisis de legitimidad y democracia interna de los partidos políticos*, FCE, México.
- Córdova, A. (1986) *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*, ERA (72, Serie), México.
- Flisfisch, A. (1988) "Modelos de recepción de identidades políticas." en *La política como compromiso democrático*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Garrido, L. J. (1993) *La ruptura. La corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, México.
- González Casanova, P. (1981) "La cultura política en México" en *El Estado y los partidos políticos en México*, ERA, México.
- Landi, O. (1988) "Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas." en *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México.
- Lechner, N. (1987) "El nuevo interés por la cultura política." en *Cultura política y democratización*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Linz, J. (1963) "Una teoría del régimen autoritario. El caso de España" en *Sociedad y política en España*, Siglo XXI, Madrid.
- Paramio, L. (1987) "Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical." en *Cultura política y democratización*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Ramos A. et al. (1987) *Salinas de Gortari: Candidato de la crisis*, Plaza y Valdes, México.
- Salazar Sotelo, F. et al. (1994) "Modernización económica y transición democrática en México: 1982-1992" en Jiménez Castillo, M. (Coord.) *México, una sociedad en cambio. Reflexiones sobre política y cultura*, UAM-A, México.
- Sartori, G. (1987) "sistemas no competitivos." en *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Universidad, México.
- Sani, G. (1981) Voz "Cultura política" en *Diccionario de Política*, Siglo XXI, México.
- Sotomayor, J. (1994) *La lección de la elección. Crónica de una derrota largamente anunciada*, Noriega Editores, México.

- Therborn, G. (1989) *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, México.
- Zemelman, H. (Comp.) (1990) *Cultura y política en América Latina*, Siglo XXI, México.

## HEMEROGRAFIA

- Alonso, Jorge. (1989) "Elecciones 1988: la esperanzada transformación", en *Sociedad Estado*, enero, núm. 2, Universidad de Guadalajara, México.
- Aricó, J. (1985) "El limbo de la izquierda", en *Nexos*, abril, núm. 88, México.
- Bartra, R. *et al* (1982) "Izquierda eres tú. Retrato de familia", en *Nexos*, junio, núm. 54, México.
- Ibid. (1982) "El reto de la izquierda", en *Nexos*, noviembre, núm. 59, México.
- Camou, A. (1992) "Gobernabilidad y democracia, once tesis sobre la 'transición' mexicana", en *Nexos*, febrero, núm. 170, México.
- Córdova, A. (1986) "La larga marcha de la izquierda mexicana", en *Nexos*, junio, núm. 102, México.
- Galván, F. y Rafael Farfán (1993) "Cultura política e identidad autoritaria y democrática", Mimeo. UAM-A, México.
- Gilly, A. (1989) "Fin de régimen, fin de época", en *Nexos*, enero, núm. 133, México.
- Ibid. (1990) "El perfil del PRD." en *Nexos*, núm. 152, México.
- Gutiérrez, R. (1988) "Elementos para un análisis de la cultura política contemporánea en México." en *Revista A*, enero-agosto, Vol. IX, núm. 23/24, 9-16, UAM-A, México.
- Gutiérrez, R. y Esperanza Palma. (1991) "Sobre los conceptos de sistema y cultura política en México (para pensar la transición)" en *Sociológica*, núm. 15. UAM-A, México.
- Gutiérrez, R. (1989) "Cultura política y transición a la democracia: PRI y PRD en la coyuntura actual." en *Sociológica*, núm. 11. UAM-A, México.
- Gutiérrez, J. (1990) "Identidad, subjetividad y política; el neocardenismo: revolución o democracia." en *Sociológica*, núm. 11. UAM-A, México.
- Lechner, N. (1987) "El presente continuo", en *Nexos*, octubre, núm. 118, México.
- Loaeza, S. (1991) "La vía mexicana a la democracia", en *Nexos*, octubre, núm. 166, México.
- Merino, M. (1993) "Democracia, después", en *Nexos*, mayo, núm. 185, México.
- Monereo Pérez, M. (1993) "¿Qué significa para la izquierda hacer política hoy?", en *Memoria*, noviembre, núm. 60, CEMOS, México.
- Moreno, D. (1990) "Corrientes y fracciones en el PRD." en *Página Uno, UnomásUno*. 1o. de abril.

- Osorio, J. (1993) "los partidos políticos en horas de cambio." en *La Jornada Semanal*, núm. 208.
- Romero, M. (1991) "Elecciones: nueva situación geopolítica." en *El Cotidiano*, núm. 39.

#### **DOCUMENTOS OFICIALES DEL PRD**

- *Relatorías de las Mesas de Trabajo*, Primera Reunión Nacional Preparatoria del Congreso Constituyente, Partido de la Revolución Democrática, 1988, México.
- *Documentos Básicos (Anteproyectos), Declaración de Principios, Programa y Anteproyecto de Estatuto*, Partido de la Revolución Democrática, 1989, México.
- *Propuesta para el Programa del PRD*, Cuadernos de Política, Comisión Nacional de Estudios del Partido de la Revolución Democrática, enero de 1989, México.
- *Proyecto de Programa de Acción*. Aprobado en el Primer Congreso Nacional en sus sesiones del 16 al 20 de noviembre de 1990, Partido de la Revolución Democrática, México.
- *Programa de la Revolución Democrática*, Instituto de Estudios de la Revolución Democrática, Secretaría de Estudios y Programa del PRD, 1993, México.
- *Estatutos*. Reformas aprobadas en el Segundo Congreso Nacional en sus sesiones del 15 al 18 de julio de 1993, Partido de la Revolución Democrática, México.
- *Plataforma Electoral*, Instituto de Estudios de la Revolución Democrática, Secretaría de Estudios y Programa del PRD, enero de 1994, México.

#### **DISCURSOS**

- Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, *Discurso de Inauguración del Primer Congreso Nacional del Partido de la Revolución Democrática*, 16 de noviembre de 1990, México.